



Dib. BRADLEY.- Madrid

—El paisaje no me gusta. ¡Qué árboles tan tristes!  
—Verdaderamente. Yo creo que para alegrarlos les hacen falta unas copas.  
Ayuntamiento de Madrid



**CREMA RECONSTITUYENTE**

**LIDA**

ES UN PREPARADO ÚNICO  
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,  
CON PROPIEDADES MARA-  
VILLOSAMENTE CURATIVAS  
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO

URQUIOLA  MAYOR, 1

MADRID

En todo tiempo debe us=  
ted usar los maravillosos

**POLVOS INSECTICIDAS**

DE

**LEYER Y COMPAÑÍA**



# SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

29. — Batalla.



ARTÍCULO

VACA QUE NO EMBISTE



GRAN VÍA, 18

Juguetes. — Coches de niño.

CUPÓN

correspondiente al número 104  
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo  
trabajo que se nos remita para  
el Concurso permanente de  
chistes o como colaboración  
espontánea.

30. — Para el "bureau".

LETRA GRIEGA  
SOCIEDAD ANÓNIMA  
TENOR  
BARÍTONO  
BAJO

EL CHICO. — Seguramente, él sabe dónde está el amo.

(De Life, de Nueva York.)

23. — Para asomarse.

PIEL  
SENO

24. — Charada de construcción.

- ¿Qué dos-cuarto es ésa?
- Tonterías del practicante; un rasguño de prima-tres corta.
- ¿Y cómo fué?
- Preparando la todo para un zócalo.

25. — Novela.

C CUERNO  
500  
DON QUIJOTE  
DON QUIJOTE  
DON QUIJOTE

26. — Una calle de Madrid.

- ¡Buena dos-tres te corres de mañana!
- Influencias del prima-dos, chico.
- ¿Cómo dos-cuarto esos injertos?
- ... Como me da la gana. ¿Lo quieres más claro? En todo, primero, derecha, te podré dar detalles. Aquí, no.



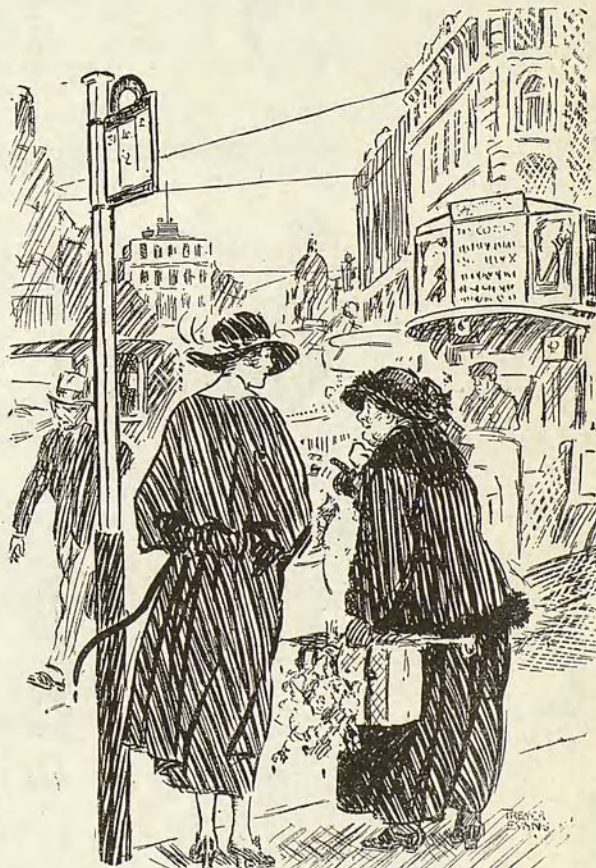
27. — Un santo.

ES COMO SON  
CERDEÑA  
NADA

28. — Alimaña.

SIGNO  
500  
PARA NOVIO

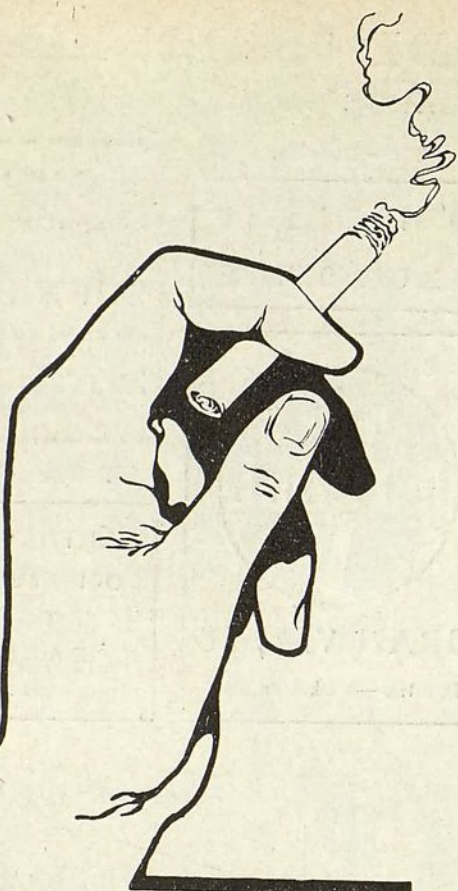
Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 101.



LA VIEJA SEÑORA PUEBLERINA. — ¿Puede usted decirme si hay algún otro camino para Hammersmith? El policía me ha dicho «Autobús 72»; pero llevo aquí media hora y sólo he contado diez y seis.

(Del Punch, de Londres.)





El peor enemigo  
de los dientes:  
**EL TABACO**  
que los ensucia  
y produce mal olor  
en la boca.



El mejor amigo  
de los dientes:  
**LA PASTA  
DENS**  
que los blanquea y  
perfuma la boca.

Use usted todas las mañanas la  
**PASTA DENS**  
y tendrá la boca fresca y sana.

Tubo 1.50 en toda España.

**PERFUMERIA GAL-MADRID**



## EL PERDÓN



ABÍAN dado fin a lo que quedaba de Humanidad los formidables terremotos últimos; todas las ciudades y pueblos habían caído, sepultando a sus moradores; lluvias y tormentas inau-

ditas habían acabado con los labriegos; apenas si en cada país vivían unos pobres seres, ya agonizantes en su terrible aislamiento.

El doctor Wolf, único habitante de Alemania, lanzó recogiendo un aparato en buen estado, este último radiograma:

«Hombres aun vivos, unámonos como única forma de no morir.»

Se recibieron algunas contestaciones.

Nueva York: «Quedamos tres hombres y un negro; trataremos fletar avión e iremos los tres.»

Londres: «Necesito saber condiciones viaje; gastos traslado por su cuenta. Tremlet. Aquí quedo yo solo.»

París: «Iremos a Berlín.»

Sevilla: «Currito y yo nos hemos quedado solos. ¿Hay gracia? — Pelele.»

Lisboa: «Como único dueño do península Ibérica, non me movo de mis posesoes. — Castello do Monte Fiero.»

A un segundo mensaje del doctor Wolf no contestó nadie; el más completo silencio se extendía en todas las regiones.

El sabio dudó qué camino emprender: debía alejarse de los restos de la ciudad a causa del hedor irrespirable que reinaba, de tanto cadáver y de tanta cañería rota.

Comprendió que el campo estaba indicado; además, todo había muerto, menos la esperanza de encontrar a alguien aun en el mundo.

Tomó su bicicleta y salió por una carretera hacia el Sur.

Caminaba el sabio doctor llevando una buena velocidad media, a causa, quizás, de la escasez absoluta de vehículos con que tropezar. Los faldones de su *jaquette* volaban detrás del sillín como diciendo adiós;

su alto sombrero de copa, bien hundido hasta las orejas, resistía el viento que intentaba llevárselo. ¿Para qué? El doctor se había hecho dos dobles al fin de sus correctos pantalones *de vestir*, y sus botas charoladas de caña negra se acoplaban a maravilla a los pedales.

El mundo estaba sumido en un silencio completo; sólo la respiración del hombre errante y algún ruido metálico de su máquina lo turbaban tenuemente.

El doctor atravesaba las ruinas de lo que antes fueran populosas ciudades; una desolación igual había en todas ellas: en ninguna quedaba el menor vestigio de vida.

Ahora seguía una recta al parecer interminable. Ningún indicador quedaba en pie, y en verdad que era inútil, pues el doctor caminaba incansable, por ser

la única manera de soportar su soledad. De repente, en la lejanía se percibió un punto movable; con emoción lo escudriñó, y con inmensa alegría se cercioró que era *alguien* que venía a su encuentro.

El doctor aceleró la marcha; el punto movable también parecía aproximarse más de prisa; sólo faltaba un centenar de metros para el encuentro; pero el doctor Wolf no distinguía bien: sólo veía una persona, también en bicicleta, que avanzaba hacia él. A corta distancia, no pudo reprimir un grito de alegría: había descubierto en el punto movable una señorita ciclista.

Con un exquisito gesto de cortesía se llevó la mano al sombrero y saludó; mas un falso movimiento de la rueda delantera precipitó al doctor y a la máquina contra la otra. Fué un choque seco: los dos cayeron y se levantaron sin el más leve mal.

— Usted dispense mi torpeza, señorita, ¿le hice a usted daño?

— Nada, absolutamente; fué mía la culpa.

Los dos últimos habitantes del Globo estaban perfectamente educados.

La señorita Mayer, profesora de griego en la Universidad de Munich, se dirigía a la capital con objeto de adquirir o encontrar ropa de luto, ya que habían muerto todos los suyos. Al enterarse de la magnitud de la catástrofe, rectificó su itinerario.

Dado lo poco concurrido de la Tierra, decidieron caminar juntos hacia el Sur y el Oriente, por ver si esas regiones se habían librado de las terribles sacudidas. Montaron, pues, de nuevo en bicicleta y emprendieron su largo viaje.

La señorita Mayer a primera vista no agradaba, pero mirada detenidamente repelía; era su fealdad el producto de varias generaciones de gente dedicada a fuertes trabajos intelectuales: su madre había sido doctora en Medicina, y su abuela abogado.



Dib. SILENO. — Madrid.



La señorita Mayer no tenía buena salud; apenas había vivido el tiempo suficiente al aire libre para fortalecer sus pulmones. Sus muelas y sus dientes estaban cariados, a causa de que todos sus antecesores se los cuidaban y frotaban con tanto esmero y frecuencia, que se los habían debilitado extremadamente.

La señorita Mayer poseía profundos conocimientos literarios. Gracias a eso, su conversación con el doctor Wolf fue muy animada hasta llegar a la frontera de Austria.

Sin embargo, una discusión violenta sobre los simbolistas en los países occidentales agrió su amistad de tal manera, que, hasta que llegaron a la frontera de Rusia, marcharon juntos sin dirigirse la palabra, como dos desconocidos que llevasen casualmente la misma dirección.

La amistad se reanudó de nuevo en este país, y por sus desiertas carreteras corría la pareja de los últimos hu-

manos. Era como los que van a perder el tren.

Bordeaban el mar Negro haciendo consideraciones históricas. La señorita Mayer enumeraba todas las desventuras que habían conocido los hombres: plagas, epidemias, guerras, tiranos y músicas italianas.

El doctor asentía y ampliaba con sus conocimientos la lista de las calamidades que habíamos sufrido los mortales.

— En verdad que somos los últimos hijos de Adán y Eva — dijo la señorita Mayer, mientras pedaleaba en una penosa cuesta.

— Somos también, a nuestro modo, Adán y Eva; perdón, señorita: Eva y Adán — contestaba el doctor, arreglándose el nudo de la corbata.

Por fin encontraron un tema muy entretenido de conversación: hablarían de la influencia del arte pagano en el catolicismo.

El tema era divertido; lo había lan-

zado la gracia femenina de la señorita Mayer.

El doctor lo había recogido, a pesar de considerarlo demasiado frívolo para él: estaba seguro de que nadie lo iba a saber. Hablaba, como los grandes compositores, de los cuplés, y pensaba: «¡Qué conversaciones eligen estas mujeres tan pícaras!», y se reía germánicamente.

La docta pareja marchaba hacia el Sur, el Tigris y el Eufrates, lo que fuera un tiempo Paraíso terrenal.

El doctor Adán Wolf y la señorita Eva Mayer hicieron alto, dejaron sus máquinas junto a una palmera, y se sentaron en el suelo.

El extrajo de su bolsillo un pequeño volumen, muy ameno en su contenido: *Lo inconsciente, en relación con la sociedad*, y ella, abriendo su neceser de viaje, dedicó a pulirse las uñas.

Distraídos por completo, no vieron cómo se les acercaba un desconocido: iba envuelto en una sábana blanca; una larga y espesa barba canosa circundaba su faz. En las huellas de sus pisadas brotaban flores, margaritas, violetas, amapolas...: era el Padre Eterno.

— ¿Quién os ha vestido así? — fueron sus primeras palabras.

Los humanos se levantaron confusos.

— ¿Cómo es que estáis fuera del lugar que os reservé? — insistió el Padre.

— Señor — contestó Wolf —, ¡como nos echasteis!...

— Aquello fue una broma. Además, ¡ya recibiríais el perdón y la contraorden!

— No, Padre; no nos dijeron nada...

— ¡No es posible!... ¡Vamos a verlo!

— Y dirigiéndose al bosque llamó: — ¡Gabriell!... — nadie contestaba —. ¡Gabriell!... ¡Gabriell!... — gritó más fuerte.

De la espesura apareció, volando con dos recias alas, un nuevo ser; también vestía de blanco, y era sonrosado y de cabello rubio, ensortijado.

Vino la explicación. En efecto, la contraorden perdonando y volviendo a abrir la puerta del Paraíso a Eva y Adán, había sido dada y no cumplida por no haberlos podido ya encontrar.

— Es un pequeño contratiempo sin importancia para lo Eterno — arguyó el Padre —. ¡Y la de cosas que habréis hecho en este pequeño paréntesis de unos miles de años!... En fin, que no vuelva a ocurrir — añadió —. Podéis pasar adelante...

El doctor y la señorita alemana montaron en su bicicleta y se encaminaron hacia la puerta. Al llegar allí, Adán Wolf frenó, se quitó la chistera, y dirigiéndose a su compañera, le rogó:

— Usted primero.

La señorita Mayer y el doctor Wolf se perdieron hacia el interior.

Un ángel portero se había quitado su gorra galoneada a su paso, y la Tierra tenía una eterna y aburrida placidez.

EDGAR NEVILLE



Dib. URIBE. — Madrid.

— Te advierto, Luisito, que siempre que te pego me duele tanto como a ti.  
— Sí; pero no en el mismo sitio.





Dib. NUNES. — Cruz Quebrada (Portugal).

#### VIAJE DE NOVIOS

— ¿Han visto ustedes todo lo interesante que tiene nuestra ciudad?

— ¡Ya lo creo!... ¡Hemos estado en veintidós cinematógrafos!...



# LA MUERTE DE MI AMIGO

Yo tengo un amigo, ¿verdad? No lo he podido evitar por más esfuerzos que he hecho. Este amigo creo que estudió conmigo algo raro: latín, matemáticas, literatura, ¡qué se yo! Algo que no sirve para nada y que procura olvidarse inmediatamente. Los estudios de ambos no han tenido más finalidad que la de unirnos eternamente amistosos. ¡Eternamente! ¿Verdad que asusta esto? ¡Ser siempre amigo del mismo ciudadano! Tener que preguntarle siempre que le encuentra uno por su salud, y verse obligado a responder al monótono «¿Qué hay?», es un tormento que debía guardarse para el día en que en el Infierno se haga una reforma y se implanten tormentos nuevos.

Pero, ¡oh nobles señores!, la amistad es algo serio y respetable que no puede tirarse por la ventana, como si fuese a un miserable criado o a un molesto acreedor. El ser amigo crea compromisos, estrecha lazos y produce molestias.

Este amigo mío, para acabar de ser molesto, es hombre que se cree obligado a manifestarme su opinión, sobre todo cuando no se la pido.

— Llevas una corbata muy cursi.

Yo reconozco que lo primeramente cursi es llevarla; pero no hay otro re-

medio que hacer lo que todos. El único que no conoce semejante parte del indumento masculino es Rafael el Gallo, que no la ha usado nunca; pero yo reconozco mi modestia, y sé que no me puedo comparar a él. ¡A mí no me han chillado todavía en ninguna plaza de toros ni arrojado almohadillas a mi cabeza! ¡No tengo, pues, más remedio que usar corbata, y la opinión de mi amigo me ha molestado! Si me hubiese dicho otra cosa, por ejemplo, «He leído tu último artículo, y es una tontería», o «Ya te vi el otro día con una morenaza de empuje, te engañará», no me hubiera ofendido tanto.

— Te diré: yo no encuentro fea a la corbata que ostento, ni creo que tú seas un Petronio moderno para fallar en definitiva sobre el colorido ni dibujo de las corbatas.

— No te ofendas, hombre, no te ofendas, que no he querido molestarte. ¡Para eso hemos estudiado juntos!

Pronunciado este recuerdo a los años de nuestra juventud, se ha alzado, dándome perplejo.

— ¿Para eso hemos estudiado juntos?... ¡Vive Dios que no lo sabía, y que si llego a sospecharlo, tiro los libros, rompo las matrículas y me hago jornalero del campo!

Este amigo mío me fuma el tabaco, me bebe el coñac, pone los pies sobre los almohadones de mi *chaise longue*, y, sobre todo, se permite aconsejarme acerca de mi modo de vivir.

— No haces más que escribir, y eso es vergonzoso.

— ¿Qué quieres? No tengo habilidad para falsificar billetes del Banco, como es mi inclinación, y me los tengo que procurar así para poder vivir.

El amigo que estudió conmigo me mira con aire compasivo, replicando:

— ¡Desgraciado! ¡A eso que tú haces le llamas vivir? Vamos a ver, ¿qué has comido hoy?

Avergonzado y molesto, tengo que hacerle el *menu* de mi sencillo refrigerio.

— ¿Ves?... Huevos..., chuletas empanadas y galletas rotas, adquiridas en la fábrica, porque son más baratas...

— ¡Rancho! ¡Porquerías! ¡Lo que te decía! Eso no es vivir, ni comer, ni nada.

¿Cuántas veces a la semana comes *sal-mis de perdreau*?

— Ninguna.

— Pues si tus artículos no te proporcionan dinero bastante para alimentarte brillantemente, cambia de oficio, abre una ferretería, inventa un truco para ser equilibrista, o suicidate. Yo te digo esto porque te quiero y tengo autoridad para ello. Amigos de toda la vida, compañeros de estudio..., me das lástima.

Es enorme lo que me hace padecer mi amigo; y es terrible la impresión que tengo de que, valido de que estudiamos juntos, se meterá en todo lo mío, me censurará cuanto haga, y que hasta se llegará a mi lecho de muerte para decirme:

— Es ridículo eso que te pasa: morir de pulmonía. ¡Vamos, hombre, no le sucede más que a tí! ¿No conocías las camisetitas de abrigo, so calabacín?

No he podido más. Invocando su antigua y leal amistad conmigo, se ha empeñado en que me tengo que teñir, y yo, precipitándome a su pezcuezo, le he ahogado.

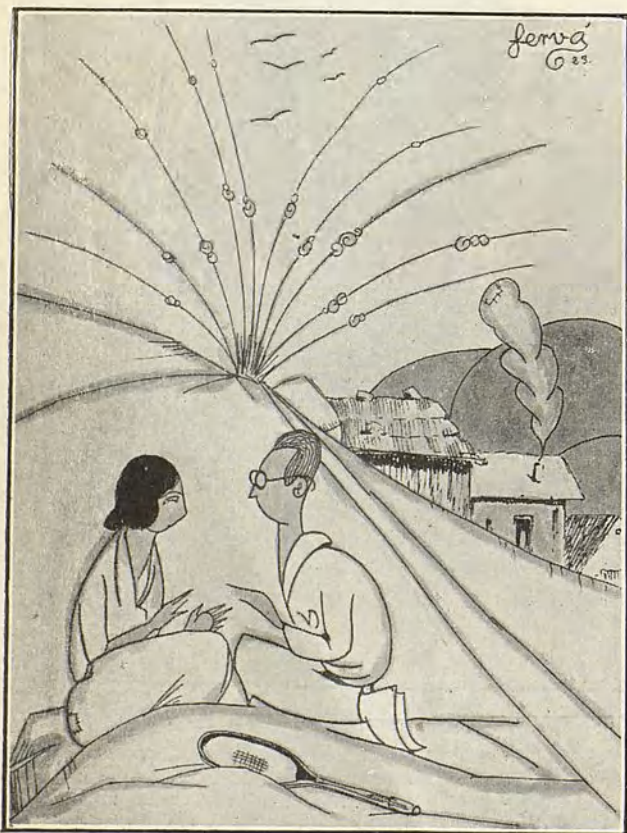
El criado, que no estaba acostumbrado a verme ahogar a los visitantes, se ha puesto a dar voces de auxilio, haciendo el muy imbécil que acudiese la policía.

— ¿Por qué ha matado usted a este hombre?

— Porque ha estudiado conmigo, y yo, a los que estudiaron conmigo, los asesino.

Yo espero que me absolverán los jueces; y si tal hacen, ¡ya se pueden preparar conmigo los que invoquen antiguos títulos de amistad! Voy a necesitar para mis compañeros de estudios todo un patio de la nueva Necrópolis.

A. R. BONNAT



Dib. FERVÁ  
Colmenar Viejo.

— ¡Ay, Lili! ¿Ves cuánto te quiero ahora? Pues dentro de unos años... ¡no te podré ver!

— ¿Por qué, Arturito?

— Porque cada vez veo menos...



# TRAGEDIAS HISTÓRICAS

## EMPLAZAMIENTO DE FERNANDO IV

Vista parcial de la sierra — que rodea a la ciudad — de Martos, y que la encierra — con su pétrea majestad.

El lugar determinado — para la acción de este drama — es aquel denominado — «peña de Martos». Se llama — de esta forma singular, — porque en dicho lugar, — del que aun se conserva indicio, — existía un precipicio — profundo como la mar, — terrible como un suplicio, — tan negro como una star, — más horrendo que un cilicio, — algo más feo que Piccio — y más dañino que un bar, — donde ocurrió el estro-picio — que aquí se va a relatar.

Por si el lector no conoce — la fecha del hecho aquel, — la diré con sumo goce: — fué el siete de agosto del — año mil trescientos doce; — año en el que yo he sabido — que, pese a su gran prosapia, — no había aún, lector, nacido — el muy rejuvenecido — e ingenioso Luis de Tapia.

Rápida como un alud — entra en escena en seguida — una enorme multitud, — que es la gente distinguida — que bulle y que habla en la corte — (la antigua corte española), — y que es, no hay quien la soporte, — más cursi que una pianola. — *Fernando IV*, el llamado — en la Historia *el Emplazado*, — llega el primero, y tras él — avanza *don Juan Manuel*, — el infante literato; vestido con macferlán — le sigue su primo *Juan*, — que como feo es un rato. — Más atrás, varios soldados — llegan serios y marciales, — y entre ellos, presos y atados, — los hermanos *Carvajales*. — Uno es joven y otro es viejo. — Entra el resto del cortejo — al sonar de los timbales.

FERNANDO IV *(Con gesto grave y expresión altiva detiene a la lucida comitiva.)*  
¡Altó! Ya hemos llegado al sitio designado...

*Que callen los timbales un momento, o que se vayan a tomar el viento. (Se callan los timbales al instante, y hay una breve pausa impresionante.)*

TOCÁIS CON GRAN TORPEZA, y el instrumento gruñe y desafina.  
DON JUAN MANUEL. *(Con cara avinagrada, y lanzando en redor una mirada.)*

*De oír esa endiablada sonatina a mí me está doliendo la cabeza...*

UN SOLDADO. *Y lo peor de todo es, ¡oh alteza!, que en el pueblo no venden aspirina.*

DON JUAN MANUEL. *(Que oye esto, levanta la cerviz y tuerce el gesto.)*

*¡Caray! Pues vete a ver si encuentras, por lo pronto, un sello Yer.. Toma un real de vellón y ejecuta veloz la comisión.*

UN SOLDADO. *Con prisa sin igual traeré el sello de a real.*

DON JUAN MANUEL. *¡Pues anda, so animal, que ya estoy más rabioso que un chacal! (El soldado abandona su peñasco, echa a correr a escape y pierde el casco.)*  
¿Falta alguien?

FERNANDO IV. *Nadie.*

DON JUAN. *Empecemos, pues, cuidando de no dar ningún traspies. (Se vuelve a los hermanos Carvajales para decirles estos madrigales:)*  
Hermanos Carvajales: Yo os acuso de haber asesinado a don Juan Benavides, gran soldado,

que, aunque era un poco iluso, era también vasallo muy amado...

¡Y a mí no se me mata ni una misera rata que en mis mesnadas bélicas milite, sin que yo esté, capote al brazo, al quitel! De modo que, sin gritos, sin que se oiga una mínima protesta, vamos, señores, a romper la testa a estos dos hermanitos.

*(Vuelve hacia atrás Fernando su semblante y da esta orden con su voz tonante.)*

¡A ver! ¡Que se aproxime ese verdugo que ha venido ex profeso desde Lugo! *(Avanzando dos pasos al oírle.)*

¡Aquí me tiene el rey para servirle! ¿Qué dices? ¿Eres memo? ¡Vive Dios! ¿Para servirme? ¡Un cuerno!

¡Vete al diablo, verdugo del infierno!... Perdonad, majestad, que también vos,

EL VERDUGO.

FERNANDO IV.

EL VERDUGO.



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ — Málaga.

— ¿Pero qué le pasa a usted, hombre?

— ¡Ay, ay, ay! ¡El reuma, que no me deja tranquilo!

— ¡Claro! A nadie se le ocurre estar a estas horas en mangas de camisa con el sereno...



FERNANDO IV. que me tratáis de memo, habéis metido el remo: a Lugo hacéis mi población natal, y yo nací en Peralta de la Sal.

FERNANDO IV. ¡Que calles ahora mismo!

PEDRO CARVAJAL. ¡Cumple con tus oficios infernales y lanza a los hermanos Carvajales al fondo de ese abismo!

JUAN CARVAJAL. (El verdugo, tras una reverencia, se dispone a cumplir la cruel sentencia.)

FERNANDO IV. ¡Soy inocente!

JUAN CARVAJAL. ¡Y yo!

PEDRO CARVAJAL. ¡Callad, cobardes!

FERNANDO IV. ¡Tíralos ya, verdugo; no te tardes!

JUAN CARVAJAL. Condenados por ti, rey igorrote, morimos inocentes; mas no importa: a la larga o a la corta la muerte te ha de herir en el cogote.

FERNANDO IV. ¿De qué habláis, sinvergüenzas?

JUAN CARVAJAL. Pues hablamos de que pronto no harás más tonterías. Perico y yo, Fernando, te emplazamos a morir cuando pasen treinta días... (Furioso.)

FERNANDO IV. ¿Al rey Fernando le ponéis cara hosca?

JUAN CARVAJAL. ¡¡Arrójalos, verdugo!!

EL VERDUGO.

DON JUAN MANUEL.  
FERNANDO IV.  
UN SOLDADO.

¡Ahí va esa mosca!

(Un empujón les da a los condenados, que caen por el abismo despeñados.)

¡La justicia del rey Fernando es ésta!

¡Que suenen nuevamente los timbales!

Pues, señor, a esos pobres Carvajales los tendrán que enterrar en una cesta.

(Vuelven los timbaleros a tocar los dulces sonos que se lleva el viento, y comienza el cortejo a desfilar comentando el terrible emplazamiento, que ha extrañado la mar. El rey Fernando está algo nerviosillo ante la inesperada acusación, y, a fin de ocultar algo su emoción, se dispone a fumar un cigarrillo.)

Treinta días después de lo narrado, — sin que se puedan explicar el hecho, — amanece el monarca sobre el lecho — más muerto que un conejo disecado.

## TELÓN

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

NOTA. — A ver si me dice ahora — la simpática lectora, — si en todo la haz de la tierra — ha ocurrido un estropicio — mayor que el del precipicio — que hay de Martos en la sierra.

## ECOS DE SOCIEDAD DE "BUEN HUMOR"

## PUESTA DE LARGO

Ha sido por primera vez puesta de largo por abajo y de corto por arriba la estupendísima señorita Dorotea Barrenechea, hija de los conde-duques de Pochólez.

Por cierto que tenemos que desmentir a los informadores de otros colegas, que habían dicho recientemente que esa señorita no estaba bien del pecho. Está admirablemente, y nos complacemos en hacerlo constar aquí.

## ENFERMO ILUSTRE

Se encuentra en cama hace unos días el conocido senador don Cándido Tirado, con un ataque de gota.

La enfermedad sobrevino el día del cumpleaños de su idolatrada esposa, que se bebió el solito botella y media de coñac.

No se trata, pues, a nuestro entender, de un ataque de gota, sino de un ataque de una barbaridad de gotas.

Sinceramente conmovidos por ver al señor Tirado en la cama, hacemos votos por su próximo restablecimiento.

## DÍAS DE SANTO

El próximo día 28, que, como ustedes saben, celebra la Iglesia la festividad de San Gregorio III, papa, nos dice un amigo nuestro un poco guasón que será el santo del ínclito dramaturgo español Sr. Martínez Sierra.

Algo nos hace dudar el que nuestro amigo agrega irrespetuosamente que da la coincidencia de que Gregorio III fué

papa y de que la próxima comedia del ilustre autor va a resultar *papa* también.

Aconsejamos al eximio comediógrafo que mande a la porra a los maldicientes, o que los castigue de manera implacable enviándoles localidades para que vean el estreno de su obra.

Aunque esto último sería demasiado, y no lo esperamos del tiernísimo corazón del egregio autor de *La suerte de Isabelita*.

## FUNCIÓN TEATRAL ÍNTIMA

La bella hija de los señores de Villacorvejones ha proyectado reunir a sus amiguitas y a sus amiguitos el próximo día 30, para, después de tomar el té, dar una representación íntima de la magistral joya del teatro contemporáneo *La montería*.

El programa de la fiesta es por demás atrayente. Primero se bailarán varias tandas de danzas modernas. Luego se dará el té, y después se representará la obra, lo que quiere decir que se volverá a dar el té.

Por cierto que en el elegante programa impreso que con la invitación se nos remite, se ha deslizado una errata de a folio. En vez de *La montería* dice *La tontería*... Es decir, que hasta en las erratas hay té.

## EN EL HIPÓDROMO

Hace ya bastantes días se celebró la última sesión hipica de la presente temporada, con inusitada animación y gran entusiasmo. La afición a las carreras de caballos va en aumento, y buena prue-

ba de ello es que cada año hay más aficionados y más apuestas. Por cierto que en estas últimas carreras ha habido grandes pérdidas, pues los que apostaban lo hicieron por los caballos que no han resultado ganadores, lo cual dió lugar a que hubiera que registrar en los que jugaban una de sustos morrocotudos.

Ha habido, pues, carreras y sustos.

A un pollo distinguidísimo le oímos decir que el último día le había costado un pico, lo cual nos hace pensar con alarma en cuántos picos tendrá ese pollo; y a otro joven le oímos lamentarse de la derrota de la cuadra en que confiaba, diciendo que en su vida volvería a hacer el burro por aquella cuadra.

## NUEVO REPRESENTANTE DIPLOMÁTICO

Lo es desde ahora, y por nombramiento reciente, el señor don Isabelo Zapatero de una de las repúblicas de Centroamérica que no estamos autorizados todavía para nombrar.

El señor Zapatero nos ha enviado una atenta carta, ofreciéndonos su casa (cuando la tenga, porque la está buscando y ni por Cristo la encuentra) y haciendo votos porque BUEN HUMOR contribuya a la aproximación hispano-americana.

Damos la noticia porque nos ha extrañado muchísimo que el señor Zapatero haga votos.

Si se le hubiera ocurrido hacer botas, no habríamos tenido nada que objetar.

NÉSTOR O. LOPE



# DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA EL FRÍO

Que sobre el frío y el calor no hay nada escrito, y que cada uno lo siente a su manera, con más o menos intensidad, es algo incuestionable que sería idiota pretender rebatir.

Lo que sí creemos es que la coquetería, en todos sus grados, influye de un modo importantísimo en la sensibilidad térmica de los hombres.

Poned un día de frío, uno de esos días de frío indiscutible, en que al hablar echamos una bocanada de humo que parece haber quedado rezagada del último pitillo; de esos días en que la punta de la nariz, que es el único trocito de nuestra personalidad condenado a no poder abrigarse nunca, adquiere distintas tonalidades y brillo, convirtiéndonos en borrachos incorregibles de invierno. Por si esto fuera poco, aparte de lo que nosotros podamos opinar, el termómetro, cuya independencia de criterio es cosa probada, señala una cifra *bajo cero* que hace tiritar.

En ese día, cuando vayáis dando pataditas en el suelo para consolar los pies y sintáis el deseo de comprar castañas asadas, que son el pretexto de una agradable calefacción, os encontraréis como siempre con un cierto número de amigos proporcionado al de vuestras amistades.

El primer amigo dirá:

— ¡Chico, hace un frío horrible! ¡Estoy helado!

(El primer amigo tiene un gabán magnífico.)

EL SEGUNDO AMIGO. — Tú lo que eres es un friolero. No es para tanto. Ya ves, yo voy a cuerpo y no tengo frío. (El segundo amigo no lleva gabán, porque aun no se lo ha hecho, porque no se lo hará nunca, o porque lo tiene empeñado.)

EL TERCER AMIGO. — Yo le temo al frío por la garganta. Padezco mucho de la garganta. (El tercer amigo lleva una bufanda de seda rutilante que le da varias vueltas al cuello.)

EL CUARTO AMIGO. — A lo mejor, esto acaba lloviendo. Yo, por si acaso... (El cuarto amigo tiene un paraguas de seis duros.)

EL QUINTO AMIGO. — Hace frío, pero es probable que llueva. (El quinto amigo lleva gabardina.)

EL SEXTO AMIGO. — Seguramente lloverá. (El sexto amigo lleva un horrible, pero fastuoso impermeable de trinchera, de esos tan crudos y tan arrugados, que sobran por todas partes, y que son el último grito y cuestan un dineral.)

EL SÉPTIMO AMIGO. — Los pies, los pies se me enfrían atrozmente. (El séptimo

amigo tiene el candor de usar botines *todavía*.)

EL OCTAVO AMIGO. — Chispea, pero no será gran cosa. (El octavo amigo, el pobre, no tiene paraguas ni impermeable. Confía tímidamente en su buen deseo.)

Así, cada uno pretenderá llevar la atención del hombre que sinceramente tiene frío hacia la prenda más valiosa que gasta, o hacia la prenda de que carece. Acabará por convencerlos, si sois sugestionables. Escamoteará al frío valiéndose de palabras falaces.

Hoy, precisamente, gracias al deportismo que priva, podemos salir sin abrigo, y hasta sin chaleco en el día de frío,

alegando que hemos conseguido esta económica resistencia física.

Ya nadie recuerda el «Ande yo caliente...» de nuestros abuelos. El calor no importa. Lo ha vencido la presunción.

En este tira y afloja del frío y el calor debemos conservar siempre la conciencia firme de nuestro frío contra todas las intromisiones y los cantos de las sirenas.

Si tenéis frío, al primero que se os acerque pavoneándose de que no lo hace, haréis muy bien en sacudirle un estacazo.

El frío es libre; pero debe ser también sincero.

José LÓPEZ RUBIO



— ¡Aquí no venga usted con imposiciones!...

Dib. GARRIDO. — Madrid.



# LAS COSAS DE LOS TEATROS

## LAS PÍCARAS MUJERES

Fué un caso de descortesía manifiesta. Es doloroso confesarlo; pero no podemos menos de servir al lector la cruel verdad... *Las mujeres de Zorrilla* presentadas en noches anteriores a la buena sociedad madrileña, fueron objeto de un definitivo desaire... La Andrés, la Ferri y la Redondo, o, como si dijéramos — y que todos me perdonen la comparación automovilística —, el autobús, el *taxis* y la motocicleta, se rechazaron de un modo elocuente — como mujeres de Zorrilla, no como mujeres guapas, ¡pobrecitas mías! — al terminar la representación. Parecieron al público demasiadas hembras para un hombre solo como Valeriano León. Claro es que no debemos olvidar que el auditorio estaba ya de mal humor porque no le habían

hecho gracia los chistes. Hablar de Diego Camino y de Juan Camino y de otros dos hermanos más; referirse luego a un tal Bravo Murillo, y añadir que uno dudaba entre dirigirse a los Cuatro Caminos o a Bravo Murillo, me parece demasiado.

Trasladar la acción de una obra a Suiza, y que haya una criada llamada Magdalena, para asegurar que un suizo se fué detrás de una magdalena — o viceversa —, es motivo suficiente para que haya quien se irrite... Y que se escriba una carta llena de chismes y embustes y que la firme un tal Calleja, con el fin de poder decir que son cuentos de Calleja, nos parece francamente abusivo...

Por lo restante, el juguete cómico no nos parece mal. Ahora que, como el público es caprichoso cual un niño, agarra el juguete, lo tira al suelo y... lo patea.

Que era lo que, al cabo y en definitiva, queríamos venir a explicar.

## UNA MALA NOCHE

Como dijimos la semana anterior, Eugenia Zuffoli estrenó en la Zarzuela *La noche azul*, que, naturalmente, no fué azul, sino negra.

El auditorio lo vió todo muy oscuro, muy confuso, y en vez de pasar una buena noche, la pasó mal del todo... Y la pobre Zuffoli la pasó peor — no queremos aludir con esto a que su esposo, para consolarse, se fuera por ahí a beber vino —, porque en vez del cielo azul, transparente, magnífico, que ella tenía derecho a esperar en Madrid, se encontró con una tempestad deshecha que daba miedo oírlo...

¡Cómo sería, que, al terminar, me encontré al empresario, el magnífico Arturo Serrano, y tuve verdadero pánico a saludarle, y me fuí «a la francesa»!

¡En seguida le digo yo «Buenas noches, Arturo»!... Entonces el *azul* hubiera sido yo.

## LAS ALAS

Cuando estas líneas vean la luz pública se habrá estrenado en el Centro la última — por ahora — comedia del divertidísimo Muñoz Seca. Según nos dicen, es una obra dramática y se llama *Las alas rotas*.

No podemos aventurar juicios acerca de una comedia que desconocemos; pero no nos equivocaremos mucho si adelantamos que el público se reirá bastante.

A Muñoz Seca le ocurre lo que al pobre Pepe Riquelme en sus últimos tiempos. Tenía la ilusión de representar un drama y tener un gran éxito; pero no encontraba forma ni ocasión para montar tal trabajo.

Marchó una vez a Lisboa con el fin de dar una corta serie de representaciones..., y aprovechó la oportunidad.

Hizo Riquelme el dramón, y muy a gusto suyo, por cierto. El público portugués le tributó una ovación ensordecedora, y al finalizar fueron a visitarle artistas, periodistas y críticos.

Uno de éstos, que conocía su trabajo, hubo de mostrarle su desencanto.

— Muy bien, señor Riquelme, muy bien. Pero faltó una cosita.

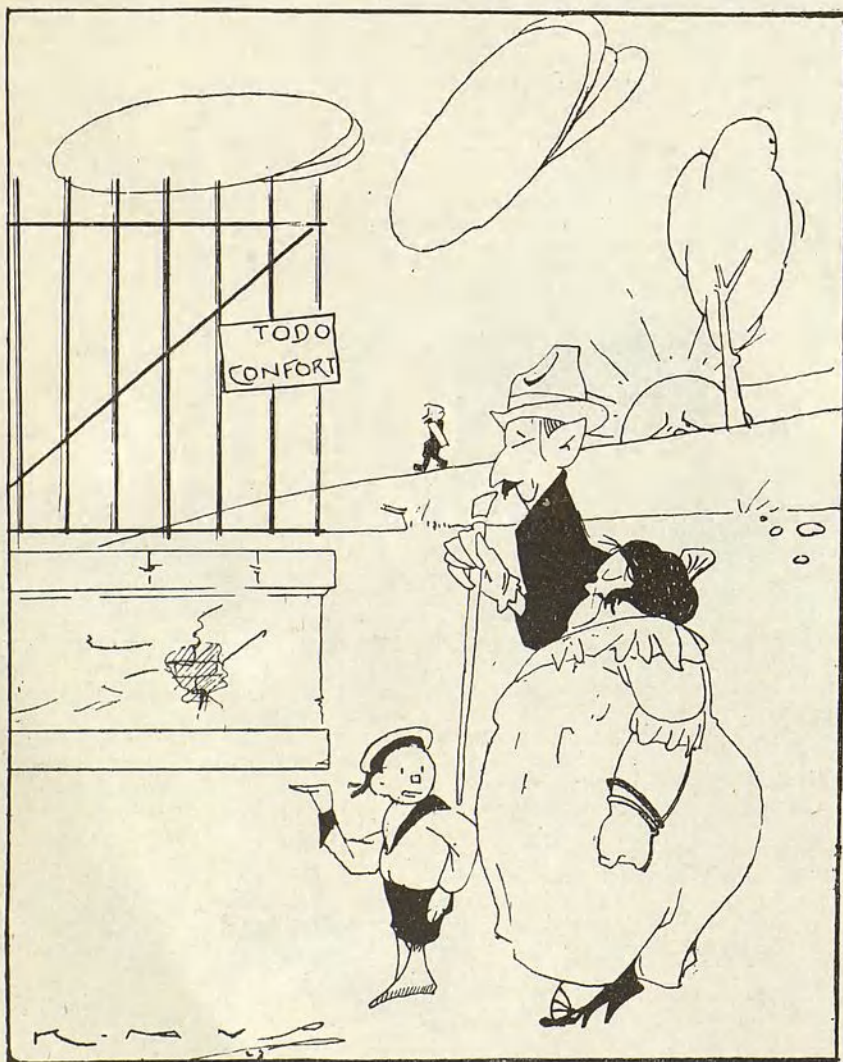
— ¿Qué faltó, señor mío?

— Algo faltó... No era eso, no... Faltó algo...

— Pero ¿qué es lo que faltó?

— Pues... faltó un poquito de baile a cargo de usted...

A lo peor, después del estreno de *Las alas rotas* se sale uno del anfiteatro diciendo «un poquito de baile»...



— Mira ésta, papá, con Ford y todo...

Dib. K. Mus. — Madrid.

José L. MAYRAL



LA MODA EN RELIGIÓN <sup>(1)</sup>

Parece que el sentimiento religioso, por ser tan íntimo, había de ser más natural, más nuestro que ningún otro, que nada había de influir en él. Pero ¿quién dudará de la influencia de una clase directora en la religión? ¿Quién dudará de que hay figurines en ella y que hay una religión para uso de las personas de buena sociedad, que constituye como una aristocracia, con sus preceptos, más que religiosos, de buen tono? ¡Ah! Y cómo los elegantes, los distinguidos de esta sociedad, miran con desdenosa compasión a los que no aciertan a ponerse al tono prescrito, como si quisieran dar a entender: «En este mundo os permitimos alternar con nosotros; pero en el otro ya no será lo mismo: aun hay clases.» Y están orgullosos, como quien tiene una buena localidad adquirida para un espectáculo sensacional y compadece al que sólo tiene una modesta entrada o se queda sin billete.

En esta aristocracia de la devoción son de rigor determinadas prácticas en determinadas iglesias, en determinados altares; son de rigor determinadas Sociedades benéficas, que dan patente de distinción y hasta de honorabilidad. Estas devociones se mezclan también con la política; y hay gobernantes que van bien con el figurín devoto y otros que no dicen bien, contra los que se lanza el anatema del buen gusto. En esta sociedad no se permite la menor discrepancia: santos y políticos han de confundirse en la misma devoción. También entran en ella la Prensa, escritores y hasta establecimientos comerciales: el figurín ha de ser completo. Y ¿qué más? Como de este figurín no es la Iglesia, ni siquiera sus ministros los inventores, sino unos cuantos señores, padres u obispos por derecho propio, la misma Iglesia y los mismos ministros de ella han de aceptar y sujetarse al figurín por ellos impuesto, si no quieren exponerse a perder la clientela y, ¡quién sabe!, hasta promover un cisma; porque estos devotos a la moda son capaces de todo.

A mí me refería un obispo que, en una reunión de estos mangoneadores en su palacio episcopal, como pretendieran celebrar no sé qué función de iglesia de no sé qué modo, que era una moda suya, y el buen obispo les hiciera presente que una disposición de Su Santidad se oponía a su capricho, una de las damas se encaró con él y le espetó muy lindamente: «Pues que me perdone Su Santidad; pero eso me parece una tontería.» ¡Conque váyanles ustedes con disposiciones pontificias a estas luterías! Y no quisiera yo que nadie me juzgase irrespetuoso

con estas cosas santas; porque la verdadera religión y la verdadera caridad son cosas muy serias. Pero esas modas, y esos figurines, y esas divisiones de castas por cofradías, todo eso, si fuera a tomarse en serio, sería para decirles a esas devotas y devotos — que también hay devotos a la moda, y estoy por decir que son más perniciosos que las devotas —: «¿No saben ustedes cuál es el último figurín de la devoción? Unas buenas disciplinas.» Y dicho y hecho, repartir una buena azotaina; y como Jesús a los mercaderes, con mayor motivo, arrojar del templo a los compradores y decirles de una vez para siempre: «Señores míos, aquí no hay abono aristocrático: aquí es entrada libre y la misma localidad para todos.»

No he de insistir. Todos sabemos que por moda, porque un monarca, y con él su corte, se mostraban religiosos, o indiferentes, o discreídos, ha habido épocas en la Historia de devoción, de indiferencia o de descreimiento. En los reinados de Luis XIV y de Luis XV, en Francia, se marcaron bien los dos extremos. En el principio de ambos reinados, durante la juventud disipada de los dos reyes, impiedad sin hipocresía. Al final de ellos, en la vejez de los dos soberanos, la devoción más exagerada; como decía una dama de la corte de Luis XV a un amigo suyo, lamentándose de la mudanza: «Amigo mío, antes las damas de la corte teníamos un confesor

y dos amantes; ahora tenemos un amante y dos confesores.»

Y ¿qué diremos de Inglaterra, en donde en muy pocos años — que pocos son los años para cambios tan radicales — pasaron, su corte y su nobleza, del catolicismo fanático de María Tudor al protestantismo de Isabel, y luego al indeciso catolicismo de Jacobo y al no menos indeciso de Carlos I; y después, del puritanismo de Cronwell al desfrenado de la restauración; y poco después al protestantismo político de María Guillermina de Orange? ¿Qué era todo esto más que figurines, modas de corte? Que nunca fué lo mismo estado de la religión que religión del Estado. Y quien por las prácticas exteriores quiera juzgar el sentimiento religioso de pueblos y personas, nunca sabrá del verdadero sentimiento religioso de un pueblo ni de una persona. Del verdadero sentimiento religioso sí que puede decirse como del viento dijo el poeta: «Cuán callada que pasa las montañas — el aura respirando mansamente; — qué gárrula y sonante por las cañas.»

Pero dejemos tema tan peligroso, que, como dijo Luis XIV, a propósito del *Tartuffe*, de Molière: «Si la comedia fuera contra la religión, no les importaría a los falsos devotos; pero va contra ellos, y eso no lo perdonan.» El *sport* de levantar caretas es muy ocasionado a disgustos.

JACINTO BENAVENTE



Dib. GALINDO. — Madrid.

— Venimos una comisión de viajeros a rogarle a usted que se apee, porque vamos a llegar con mucho retraso al punto de destino.

(1) Fragmento de la conferencia de D. Jacinto Benavente sobre *Filosofía de la moda*, primera de las tres que el egregio escritor se propone dar en el teatro de Lara.





# LOS ULTIMOS ESTRENOS

POR ROBEDANO Y LÓPEZ RUBIO



ACTO I — Él se marcha a California sin saber que yo le amo. — Ya se han tragado el paquete. Lo dicho, ¡que soy el amo!

## BATERÍA

### INFANTA ISABEL.—Los tíos caprichosos.

El tío es el personaje familiar que más se ha utilizado para la confección de comedias. Sin los tíos, que tan oportunamente intervienen en los asuntos de teatro, la mitad del repertorio moderno no tendría razón de ser.

Todos los tíos de comedia, obsérvese esta coincidencia, tienen muy buen fondo, aunque sus modales sean bruscos. Gracias a esta bondad oculta, se resuelven no pocos conflictos familiares. Hay un momento en que el tío perdona todas las diabluras de sus sobrinos, que no tiene comparación en el resto de los desenlaces teatrales.

También hay, en gran escala, la clase de los tíos caprichosos, que no aparecen en escena porque se han muerto hace unos cuantos años, y cuyo capricho más lamentable es el de testar a favor de sus sobrinos en condiciones extrañas y complicadas.

De resultados de estos testamentos se producen conflictos terribles y se buscan salidas y callejue-

las para cumplir las condiciones testamentarias, sin que el inquilino del principal izquierda del galán joven, que está por el de la dama, sufra lo más mínimo, y las cosas acaben en boda, para gastar después alegremente el dinero del tío caprichoso.

Generalmente, en la vida no se dan los tíos caprichosos en proporción tan alarmante como en el teatro. Afortunadamente, nuestros tíos no tienen imaginación de autor cómico y obran cauta y sensatamente.

En *El Filón* hay una tía caprichosa y un testamento asimismo caprichoso, no tan excesivamente complicado que pueda servir de argumento para tres actos de comedia. Las cosas se enredan después ellas mismas, y el público se divierte y aplaude los tres actos. Es el milagro de la amenidad y del saber hacer que con un tema viejo puede hacerse una comedia nueva, y que el Sr. Muñoz Seca no ha heredado ni podrá legar a sus herederos.



INFANTA ISABEL. — "EL FILÓN", de Pedro Muñoz Seca.



ACTO II Dora le da una guantada de padre y muy señor mío, entonces sabe Franchesco lo mucho que le ha querido.

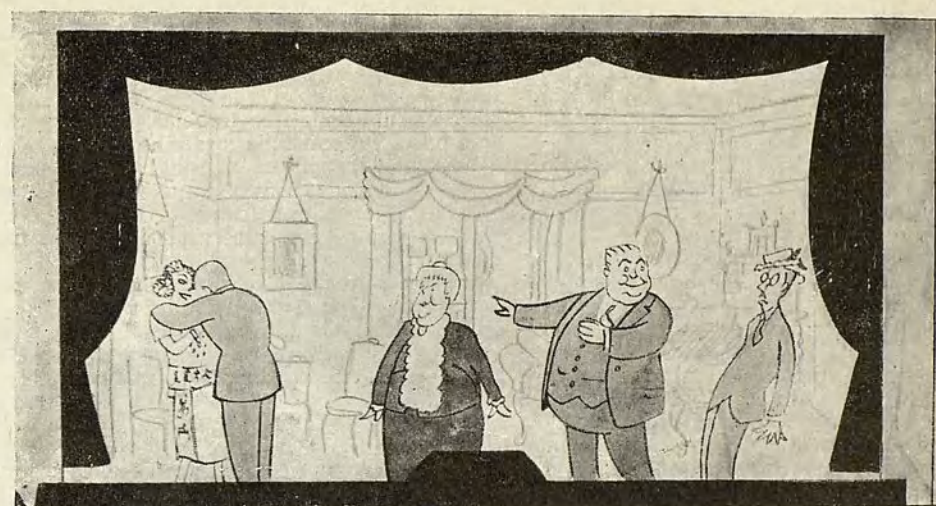
## COMEDIA. — "LAS MUJERES DE ZORRILLA", de Antonio Paso.



ACTO I — ¿Qué te pasa a ti, Zorrilla, que te caes inanimado? — Pues ¡nada! Que en esta villa soy Plazuela y soy Mercado.



ACTO II — Dice el doctor que a Suiza y haremos lo que él nos mande. — (Evitada la paliza, salgo por la puerta grande.) Ayuntamiento de Madrid



ACTO III — Tú te casas con la chica, puesto que era tu ilusión, y uniremos el dinero a lo que nos dé el filón.

## BATERÍA

### COMEDIA.—Tribulaciones de un general tártaro.

El Sr. Villanueva es un concienzudo actor del teatro de la Comedia, que el día de reparto de papeles de *Las mujeres de Zorrilla* se vio sorprendido con que se le adjudicaba la parte del general tártaro que sale en el tercer acto.

El Sr. Villanueva no tiene la culpa de que nuestros autores, para buscar efectos cómicos, recurran hoy a un general tártaro, mañana a un buscador de oro de la Malasia; y como ya hemos dicho que es un actor concienzudo, decidió conseguir las nociones más elementales para hacer dignamente el papel que se le encomendaba.

El lector tal vez no se dé cuenta de lo difícil que es aprender tártaro en Madrid. Nosotros creemos que es casi imposible. Aun no hemos encontrado en los escaparates de las librerías ningún tomo que tenga escrito en la portada: «¿Quiere usted aprender tártaro en doce días?»

En Madrid es posible que no haya ningún tár-

taro a quien consultar, y si lo hay, la tarea de encontrarlo sería superior a todas las fuerzas humanas. Ni siquiera podría apelarse al recurso de los anuncios por palabras: «Se necesita un tártaro para dar clases de fonética», porque, si por una de esas casualidades de la vida, hubiese un tártaro en la villa y corte, aunque fuera de paso para cualquier sitio, hay que suponer que el tártaro ignorase el español, y no habría manera de entenderse con él. El español y el tártaro deben de ser dos idiomas incompatibles.

No sabemos, aunque nos agradecería conocerlos, los medios de que el Sr. Villanueva se ha valido para aprender unos sonidos que él asegura, bajo palabra de honor, que son del más puro tártaro; pero es el caso que el Sr. Villanueva sale airoso de su papel; claro que este papel es el de más relieve y más novedad de los que forman el reparto de *Las mujeres de Zorrilla*.



ACTO III — Ponte junto a mí, chiquilla, hasta irnos del sanatorio. — Bueno, tú serás Zorrilla; pero nunca más Tenorio.



# INTERIORIDADES CURIOSÍSIMAS DE VARIAS EMINENTES PERSONALIDADES

## I

Ustedes no sé si sabrán que D. Joaquín Sánchez de Toca tiene una nariz bastante apreciable; y digo que no sé si lo sabrán, porque es una cosa que se ha dicho muy pocas veces... Pero, en fin, los que no lo sepan, ya lo saben desde ahora.

Pues bien: una vez le aconsejaron a D. Joaquín que tomase una determinación, diciéndole que en España, y para salvar a la Hacienda, se imponían dos reducciones: la de los Presupuestos y la de sus narices. Don Joaquín respondió que para reducir su nariz no había más que tres procedimientos: el barreno, el terremoto o la chispa eléctrica, y que los tres resultaban molestos e inadecuados, y quién sabe si ineficaces... No obstante, alguien opinó que el masaje quizás fuera de resultados felices, y Toca resolvió intentar esa prueba.

Se llamó inmediatamente a un estupendo masajista norteamericano, y el hombre, al ver el formidable objeto so-

bre el cual tenía que trabajar, meditó un poco, y al cabo de media hora condensó su pensamiento en estas frases:

— ¡Opino, desde luego, que el masaje tendrá éxito practicándolo con este señor, mejor dicho, con esta señora nariz! Ahora bien: para que el masaje pueda llevarse a efecto, sólo hay dos hombres a quienes creo con fuerzas para intentar la tarea: Buffafo Maciste y Eddie Polo... ¡¡Advirtiéndole una cosa: que tal vez queden inútiles para el trabajo!!...

## II

Otro doctor norteamericano fué avisado para que se presentase en el domicilio del Sr. Romanones, con el fin de ver si con sus enormes recursos científicos conseguía dominar cierto estado patológico o patológico de que el paciente se encontraba aquejado desde larga fecha.

El doctor examinó al dolorido personaje, y pareció animarse con la esperanza de que aquello que parecía tan

raro (y lo eral) tuviese fácil arreglo. Y, en efecto, después de una minuciosa requisa, dijo triunfalmente al mayor liberal del mundo:

— ¡¡Yo, antes de un mes, le hago a usted andar derecho!!

A lo cual repuso Romanones, con un acento que metía miedo:

— ¡Llega usted tarde, doctor!... ¡La que me está haciendo a mí andar derecho hace varios días es la *Gaceta*!!...

## III

Una vez pasaba un honrado trapero por debajo de los balcones de Weyler. Iba ya de retirada, con una arrugada chistera y los restos de un gabán (sus adquisiciones de aquel día), y al ver la casa del ilustre general no pudo evitar una bonachona sonrisa; pero, cuando menos podía figurárselo, oyó que le llamaban desde un balcón.

— ¡Qué cosa más rara! — exclamó estupefacto —. ¿De qué querrá desprenderse ese caballero? ¡Y lo malo es que no me va a convenir lo que me ofrezca! Subió, no obstante, obediente a la llamada... Y a los veinte minutos volvió a aparecer...

¡Pero ya no llevaba ni los restos del gabán ni la chistera despeinada y vieja!

## IV

Una vez, en Alicante, pronunció Francos Rodríguez un discurso en medio de la calle, porque no tenía otro sitio mejor. La multitud le oía embobada.

El hablaba de la patria, del mar Mediterráneo, de los peces, de los dolores de España, de la curación de sus males, de las izquierdas, de las derechas, de los centros; decía que era médico, que estaba dispuesto a sacrificarse, etc., etc.

De pronto, uno de Denia dijo a otro de Elche que estaba a su lado:

— ¿Y qué es lo que vende? ¿Pa las muelas, pa la calentura o pa el dolor de estómago?

Y contestó el de Elche:

— ¡Lo que vende no sé pa qué dolor será...; pero lo que está diciendo es pa un dolor de cabeza de meterse en la cama siete días!!...

## V

Santiago Alba, a quien le gusta sobremanera el pescado fresco (mejor dicho, a quien le gusta que todo sea lo más fresco posible), compró hace pocos días un hermoso besugo a un pescadero de Bruselas.

Lo pagó religiosamente, por la senci-



Dib. ANTONIO  
Madrid.

— ¡Caballero!... ¡Caballero!... ¡Por favor!... Eche una manita a mi sombrero...



lla razón de que se trataba de una compra hecha por él, y en Bruselas, el que la hace la paga; y ya iba a retirarse del establecimiento, cuando se le ocurrió preguntar al pescadero, mostrándole el infeliz pescado adquirido:

— ¡Dígame! ¿Está escamado?

Y repuso el vendedor:

— ¡¡No tanto como usted, pero lo está!!

## VI

En cierta ocasión quiso el Sr. Bergamín que un ilustre pintor le hiciese un retrato.

El artista se resistió a complacerle, alegando que era inmensa la cantidad de trabajo que le abrumaba.

Y dijo Bergamín contristadísimo:

— ¿Pero me va usted a hacer un feo?

Y contestó el pintor:

— ¡¡Como le haría a usted un feo sería si pintase su retrato!!...

## VII

Una visita al Sr. Maura.

El visitante, que era Melquiades Alvarez, dijo a la criada que le abrió la puerta:

— ¿Está en casa don Antonio?

Contestación de la criada:

— ¡¡Y qué remedio le quedall...!

Nuevas palabras de D. Melquiades:

— ¡Dígame que estoy yo aquí! ¡¡Tenemos que hablar los dos!!

La criada, a todos los demás domésticos de la casa, un rato después:

— ¡¡Van a hablar don Antonio y don Melquiades!!

Todos los criados, horrorizados:

— ¿Aquí? ¡¡Que nos den la cuenta!!

¡¡Nosotros no nos sentimos con fuerzas para aguantar eso!!

ERNESTO POLO

\*\*\*\*\*

## SIGNO DE LOS TIEMPOS

Los hombres tenemos gran inclinación a robar... Y esto fué ayer, y hoy, y será siempre... ¿Que no?... Pues ya hace una temporadita que Dios le dijo al hombre: «No hurtarás», y sigue hurtando. Queda así demostrado, para tranquilidad de los españoles (que no sólo para nosotros se hicieron los mandamientos de la ley de Dios), que los hombres robaron, roban y robarán. Lo que sucedía, sucede y sucederá es que cuando el que hurta o roba ve la posibilidad de que le den con la badila en los nudillos, se tienta la ropa antes de olvidar los tales mandamientos. Prueba al canto.

Y va de historia. Sabido es que ahora, merced al latigazo que ha dado el Directorio a los funcionarios del Estado, todos son madrugadores. Ello trae aparejado el desayunarse temprano y el tener a las once el estómago vacío. Se

impone, pues, sentirse andaluz y «tomar las once». He aquí por qué un capitán, al encaminarse, *vestido de paisano* (no olvidéis este detalle), diariamente a la oficina, entraba en una tienda de comestibles de las que encontraba a su paso, y compraba un panecillo de Viena y dos reales de chorizo de la Rioja. No es un capital dos reales; pero el capitán pensaba que no estaban en equitativa relación la cantidad de cobre que él entregaba y la de embutido que le daban a cambio. Había que mirar al chorizo con lente de aumento para hacerse la ilusión de que, en efecto, se comía algo. Y esto ocurrió un día y otro día.

Mas he aquí que una buena mañana el capitán tuvo que ir a la oficina *vestido de uniforme*, y por el hábito adquirido, entró en la tienda de costumbre y pidió los consabidos dos reales de

chorizo; y... se quedó boquiabierto al observar, asombrado, que le entregaban un hermoso trozo de embutido dos o tres veces mayor que el que le daban cuando compraba *vestido de paisano*.

Moraleja de la historia, que de historia y no de cuento se trata. El medio único que existió, existe y existirá para evitar que le roben a uno, es hacerles saber a los ladrones que al que roba en este mundo, en el otro le exigirán estrechas cuentas de su modo de proceder. Pero como la mayoría de los ladrones pensarán para su coileto «¡Si tan largo me lo fías, echa un cuartillo!», no estorbará hacerles ver que, bajo la chaqueta de un inocente e indefenso ciudadano, pueden encontrarse con la espada de la Justicia. Así, acaso, acaso, los panes de un kilo pesen un kilo y los chorizos se alarguen.

ARMANDO GUERRA



Dib. URIBE. — Madrid.

— Pero ¿ya habéis reñido Gorito y tú?

— Sí; ha resultado que ya habíamos sido novios el verano pasado...





## ¡ANÍMENSE, SEÑORITAS!



Un equipo femenino de fútbol pasea Europa triunfalmente, venciendo a cuantos de su clase aceptan su reto. A juzgar por la crítica extranjera, las señoritas deportistas forman un conjunto que todos están de acuerdo en elogiar por la maestría y movilidad que caracteriza su juego.

Pensando pudiera ser de utilidad para nuestras Sociedades deportivas, en las que el bello sexo quisiera animarse a disputar con las viajeras algún trofeo, o sólo la negra honrilla, voy a dar los datos referentes a cada una de las componentes del *once*, datos facilitados por su propia entrenadora, mistress Belly, mujer de extraordinaria robustez y gran experiencia en achaques del juego.

**PORTERA.** — Posee una vista de águila, gran seguridad en las paradas, lo mismo por lo alto que por lo bajo; especialidad en las salidas. Tiene una gran colocación, uno setenta y tres de estatura, y de peso ochenta y cinco kilos y un cuarto.

**DEFENSA DERECHA.** — Valiente y oportuna, de limpia entrada y precisión gran-

de, tiene una fuerte patada, que la hace cojear un poco; pero no la embaraza demasiado. Se entiende muy bien con la portera.

**DEFENSA IZQUIERDA.** — Muy inteligente. Tiene buena cabeza. Incansable, salva los compromisos con serenidad pasmosa. Sus balones son modelos de colocación. Con excelente dominio, maneja las dos piernas indistintamente. Hay que jugar mucho para pasarla.

**MEDIA DERECHA.** — Ninguna sujeta como ella. De agilidad desusada, se estira, se encoge, salta, bota, y, con gran vista, deshace las combinaciones del contrario. Un poco brusca, aunque algunas veces recurre a las manos. Es buena chica.

**MEDIA DEL CENTRO.** — Lo mejor del equipo. Su gran pecho la permite una resistencia asombrosa. Ataca con brío y defiende con denuedo. Corta el juego adversario cuando menos se lo piensan. Capitana del cuadro, atiende a todo y está en todo. Con la cabeza hace maravillas. Cargando es terrible: todo se lo lleva por delante. Es tan magistral, que, verdaderamente, nadie puede decir que haya podido descubrir su punto flaco. Edad: diez y nueve años.

**MEDIA IZQUIERDA.** — De tesón extraordinario, trabaja con gran fe. Es la más débil de las medias; se está cayendo constantemente; de ahí su mote *la media caída*. Su juego es más bien de filigrana, muy vistoso; pero tal vez sea consecuencia de la edad, pues tiene diez y siete. Sirve muy bien a sus compañeras. Es una americana bastante buena.

**EXTREMA DERECHA.** — Gran velocidad; esquivo sorprendente; hace lo que quiere con sus centros. Muy experimentada, no se le va una pelota ni más ni menos de donde debe ir. Un poquito mal genio; casi siempre se mete con el árbitro.

**INTERIOR DERECHA.** — Se mueve como no hay idea. Tan pronto la veis abajo como arriba. Regatea un poco; pero no está mal visto. Es práctica, y siempre va a lo suyo. Tira con una rapidez de ametralladora.

**DELANTERA CENTRO.** — Fogosa, impetuosa. Maravillan sus piernas. Corre como un gamo. Domina el balón por raso y por alto, dando cabezadas que son un portento de dormilona. Es la que más tantea; mas, dicho sea en ho-

nor a la verdad, su extrema izquierda le pone los *corners* de modo primoroso. Posee un *shat* que... ¡ya, ya!

**INTERIOR IZQUIERDA.** — La maga del balón. No puede pedirse más de lo que hace esta chiquilla. Con su juego gracioso, valiente, dominador, no hay quien no se rinda, siendo más oportuna que ninguna de la línea. Nerviosa y algo enjuta, es fuerte, cargando de cadera de manera habilísima. A un alemán, con quien jugó, lo dejó en tal estado, que el pobre no volvió más a levantar cabeza. También algo rabiosilla.

**EXTREMA IZQUIERDA.** — Centra matemáticamente; tiene buenos pies, y ya hemos dicho que saca los *corners* como un diablo. Es medrosa, y cuando la entran con alguna codicia, se pega a la línea y no hay quien la despegue.

Tal es el *team* que se atreve hasta con varones, habiendo ganado a algunos de éstos. Creo que en España no encontrarán contrarias. Sería lamentable que pudieran irse sin disputar con las españolas. ¿Por qué no se atreven? Ustedes podrían presentarse mejor formadas que ellas. ¡Anímense, señoritas!

MARCOS DE CAOBA



Dib. LÓPEZ REY. — Madrid

— ¡Sabes que el médico ha dicho que no me des disgustos, y vienes ahora a darme el tél...



Dib. AUGUSTO. — Madrid.

— ¡Si supieses qué ganas tenía de que vinieras!

— ¡Cuánto me quieres!...

— Es que ha venido dos veces a cobrar la modista...



## CONCURSO DE PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

Las soluciones de los pasatiempos publicados durante el mes de octubre son:

1. *Libertino*. — 2. *Flamenco*. — 3. *Servilletero*. — 4. *Pataleta*. — 5. *Mantecquilla*. — 6. *Velamen*. — 7. *Canastas*. — 8. *Rabanera*. — 9. *Ensopar*. — 10. *Camarlengo*. — 11. *Castuera*. — 12. *Alano*. — 13. *Campanario*. — 14. *Pollo bien*. — 15. *Séneca*. — 16. *Jamón*. — 17. *Oneroso*. — 18. *Barbastro*. — 19. *Pontoneros*. — 20. *Torquemada*. — 21. *Al llegar el primer túnel...* — 22. *De cuello vuelto*. — 23. *Manteo*. — 24. *Almendruco*. — 25. *Tiralineas*. — 26. *Sabas*. — 27. *Acodo*. — 28. *Somatén*. — 29. *Escabeche*. — 30. *La conquista del pardillo*. — 31. *Prorrato*.

Se han recibido doce mil ciento cuarenta soluciones, de ellas completamente exactas las de los *pierdetiempistas* relacionados a continuación:

1. Ángel Aldeanueva. Madrid. — 2. Manuel Muñoz. Madrid. — 3. Luis Martín. Madrid. — 4. Conchita Lorenzo. Madrid. — 5. Aurelio del Puerto. Madrid. — 6. Eloy del Puerto. Ma-

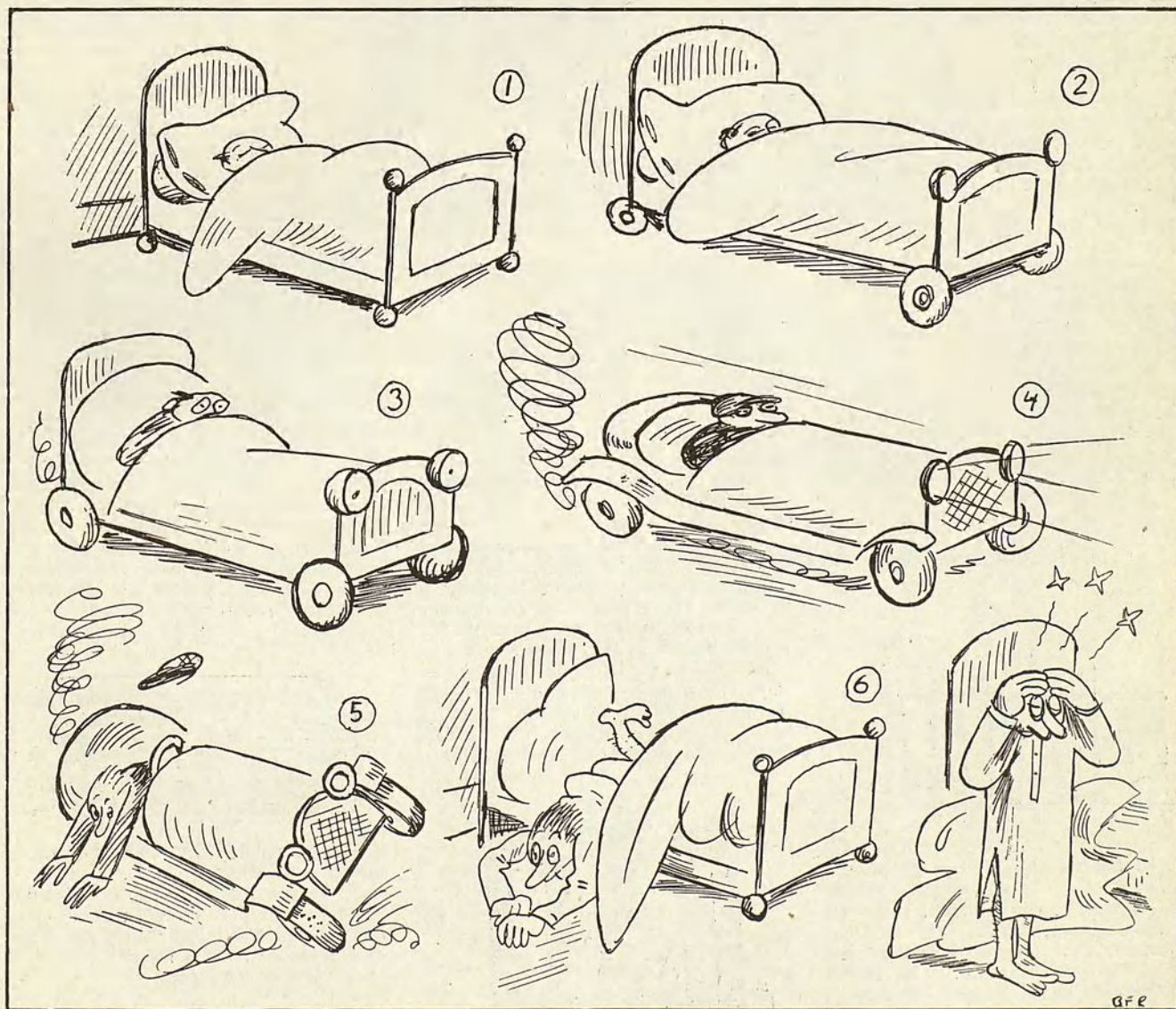
drid. — 7. A. Martínez. Madrid. — 8. Alberto Martín. Madrid. — 9. Benito Sanz. Madrid. — 10. Aurora Escudero. Madrid. — 11. Juan Ruiz Sánchez. Madrid. — 12. Francisco Lozano. Madrid. — 13. Luis G. Alegría. Portugalete. — 14. Luis Prieto. Madrid. — 15. Pilar González. Madrid. — 16. José Luis Miller. Madrid. — 17. Ventura Vizcaino. Madrid. — 18. Enrique Pineda. Segovia. — 19. Javier Mendiuchía. Madrid. — 20. Manuel Ródenas. Madrid. — 21. Rafael Sáez. Madrid. — 22. Manuel Arias. Madrid. — 23. Joaquín García Linares. Madrid. — 24. Carlos Moncada. Madrid. — 25. José A. Hernández. Madrid. — 26. Luis G. Méndez. Madrid. — 27. J. Gualberto Lausín. Madrid. — 28. Francisco L. Cobos. Madrid. — 29. Román Martín. Madrid. — 30. Indalecio Luna. Jaén. — 31. Agustín Olazábal. Madrid. — 32. Antonio F. Aguinaga. Madrid. — 33. Ramón Tarodo. Madrid. — 34. Enriqueta Álvarez. Portugalete. — 35. León Cura. Larache. — 36. Gloria G. Gullón. Madrid. — 37. Benito Vien-

zo. Madrid. — 38. Emilio Álvarez. Madrid. — 39. José Álvarez. Madrid. — 40. Magdalena Yarza. Madrid. — 41. Rafael Gómez. Madrid. — 42. V. Capdevila. Madrid. — 43. José Marcos Domínguez. Madrid. — 44. Juan Garmendia. Portugalete. — 45. José Irureta. Madrid.

46. Rafael Arizcun. Madrid. — 47. Carlos Rivera. Madrid. — 48. Luis Ortega. Madrid. — 49. José Montesinos. Cartagena. — 50. Antonio L. Monís. Madrid. — 51. Santos Varela. Bilbao. — 52. Amparito Giraraujo. Portugalete. — 53. Rafael G. Vao. Madrid. — 54. Porfirio del Campo. Madrid. — 55. Emilio Lafuente. Madrid. — 56. Antonio Sánchez. Madrid. — 57. Clemente Rodríguez. Madrid. — 58. Angelines Falero. Madrid. — 59. Elvira Gómez. Madrid. — 60. C. Carbonell. Madrid. — 61. Marcelo de Azcárraga. Madrid. — 62. Enriqueta de Travesedo. Madrid. — 63. Elena J. Castro. Madrid. — 64. Salvador Salinas. Madrid. — 65. Rosa Fernández. Madrid. — 66. Manuel Rodríguez. Guada-

lajara. — 67. Nicolás F. Victorio. Madrid. — 68. Inocencio Álvarez. Madrid. — 69. Joaquín Beltrán. Irún. — 70. Alvaro G. Pintado. Madrid. — 71. Alfonso Fungairiño. Madrid. — 72. Ernesto La Porte. Madrid. — 73. Daniel de la Puente. Madrid. — 74. Mariano P. López. Madrid. — 75. Marcelino Pedrero. Larache. — 76. Carlos F. Canela. Madrid. — 77. Francisco. G. Araus. Madrid. — 78. José J. Castro. Madrid. — 79. Eugenio Martín. Dar-Drius. — 80. José Blanco. Larache. — 81. Manolito Florit. Castellón de la Plana. — 82. Deogracias Prieto. Madrid. — 83. Emilio Rifón. Madrid. — 84. Aurora Iglesias. Madrid. — 85. Luis Cancio. Valladolid. — 86. Tomás de la Torre. Madrid. — 87. Carlos Pajares. Guadajajara. — 88. M. Crunea. Madrid. — 89. Carlos S. Ocaña. Madrid.

El sorteo de los premios se verificará públicamente en nuestra Redacción el día 26, a las seis de la tarde. El número de la lotería que ha de sortearse es el 24.568, correspondiente al día 1 de diciembre de 1923.



EL SUEÑO DE UN CHOFER

Dib. BERGSTROM. — Estocolmo.



# RAMONISMO

## EL PARQUE HAMBRIENTO

Este parque de después de la guerra europea y de las duras horas de crisis en un país central, merece la pena de ser descrito, por más que mejor iría su descripción en un periódico neocrológico que en un periódico humorístico.

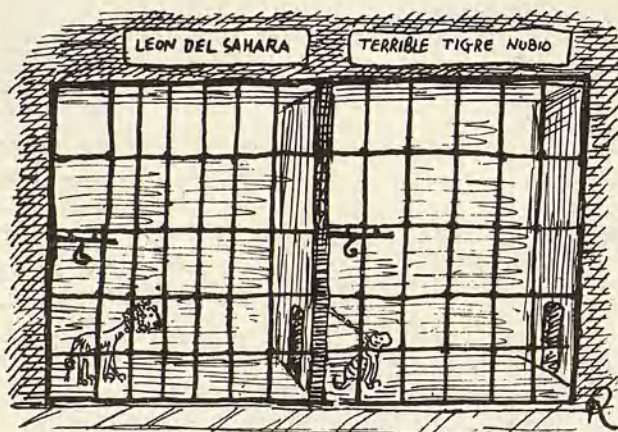
¡Qué gritería la de los animales cuando entraba por la mañana el encargado de darles de comer! La protesta, la conminación, el ruego que se escapaba a todas las jaulas en todos los idiomas de los animales era un guirigay asombroso. ¡Qué grulla la grulla!

El filósofo y psicopatólogo de las ocasiones aprovechó los momentos para pasearse por el parque, tomando datos para un libro titulado *El hambre comparada en los animales*.

La jirafa, más larga que nunca, sacaba su cabeza, medio de avestruz, medio de jirafa, por encima de la valla de su departamento. Se veía que estaba física pasada, y sus ojos, que miran un poco como los de las gallinas espantadas, miraban más espantados que nunca, queriendo atisbar algo que comer, la presencia del emisario alimenticio.

El león se había ido convirtiendo en perro de aguas, y en vista de eso el psicopatólogo escribió en su libro de notas: «Se nota que el león procede del perro de aguas, pues en la hora del hambre perdió su hinchazón y así quedó

la desevolución de los animales, que es lo que mejor prueba su evolución, nos encontramos con que el cocodrilo es, después de todo, un lagarto vulgaris.»



El tigre, tan delgado se había quedado, que hubo que atarle con una cadena, porque ya se escapaba por entre los barrotes de la jaula. Con su nuevo aspecto parecía el gato a medio disecar de un hidalgo, uno de esos gatos que sólo viven de los vatios eléctricos que les quedan ahorrados, y que en los alféizares toman posición de porteros de las ventanas, sigilosos, fijos, vivas en sus ojos las luces de lámpara para alumbrarse en la escalera. El psicopatólogo escribió en su libro de apuntes: «Queda demostrado después de esta época de hambre y degradación del parque zoológico que el tigre procede del gato, en vez de lo contrario, como se venía sosteniendo, gracias a una hipótesis casera de fácil trama.»

El enflaquecimiento del parque zoológico *postguerrero* va a traer una transformación en las teorías de la herencia y de la evolución, que dará al traste con numerosas teorías estable-

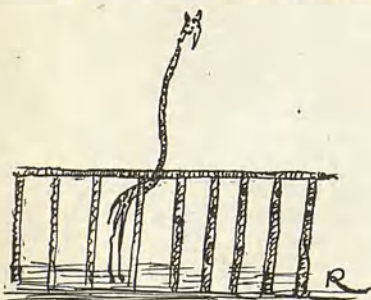
cidas. Las gallinas, los patos y los avestruces de los parques zoológicos hambrientos dejaron de poner y hubo que quitar de la ventanilla del despacho ese cartel tan optimista, que atrae tanto a los glotoneros, de «Se venden docenas de huevos de gallina, pato y avestruz».

La serpiente del parque hambriento se convirtió en lombriz de tierra; al elefante se le cayeron los colmillos, y su trompa se convirtió, colgante de su triste figura de holgado calzonazo, en algo así como en moco de pavo.

Me acordaré siempre de aquel parque hambriento, como jaula olvidada, sin agua ni cañamones, y en que los loros se quedaron disecados sobre sus soportes de latón. ¡Qué pena las águilas secas de cuello completamente desplumado y de mirada más rencorosa que nuncal!

Merecía perpetuarse esta degradación del parque zoológico disminuido, como caja de juguetes de los niños que se asomaban a verlo, y ante los que bailaba el oso, y el mono les hacía los lazos de sus zapatos sólo por un cacahuete, y por eso he escrito yo el relato completo.

Después se han vuelto a hinchar todas las bestias salvajes. Los elefantes, como globos a los que se insufla nuevo gas, comenzaron a prosperar; el tigre comenzó también a crecer de nuevo, aunque le estalló la piel, que se le había encogido con el hambre, como si hubiera ido al tinte, y hubo que comprarle otra zalea o cubrepiés atigrado; el cocodrilo, arrugado como un zapato viejo



descubierta esa inconcusa procedencia que va contra todo lo que se podría haber creído.»

El cocodrilo, o kokodrilo, como yo escribo siempre, porque creo que va mejor, con sus numerosos dientes y su piel cubierta de tachuelas, se había ido convirtiendo en un vulgar lagarto, lo que también le hizo sacar su libro de notas al psicopatólogo y escribir: «En



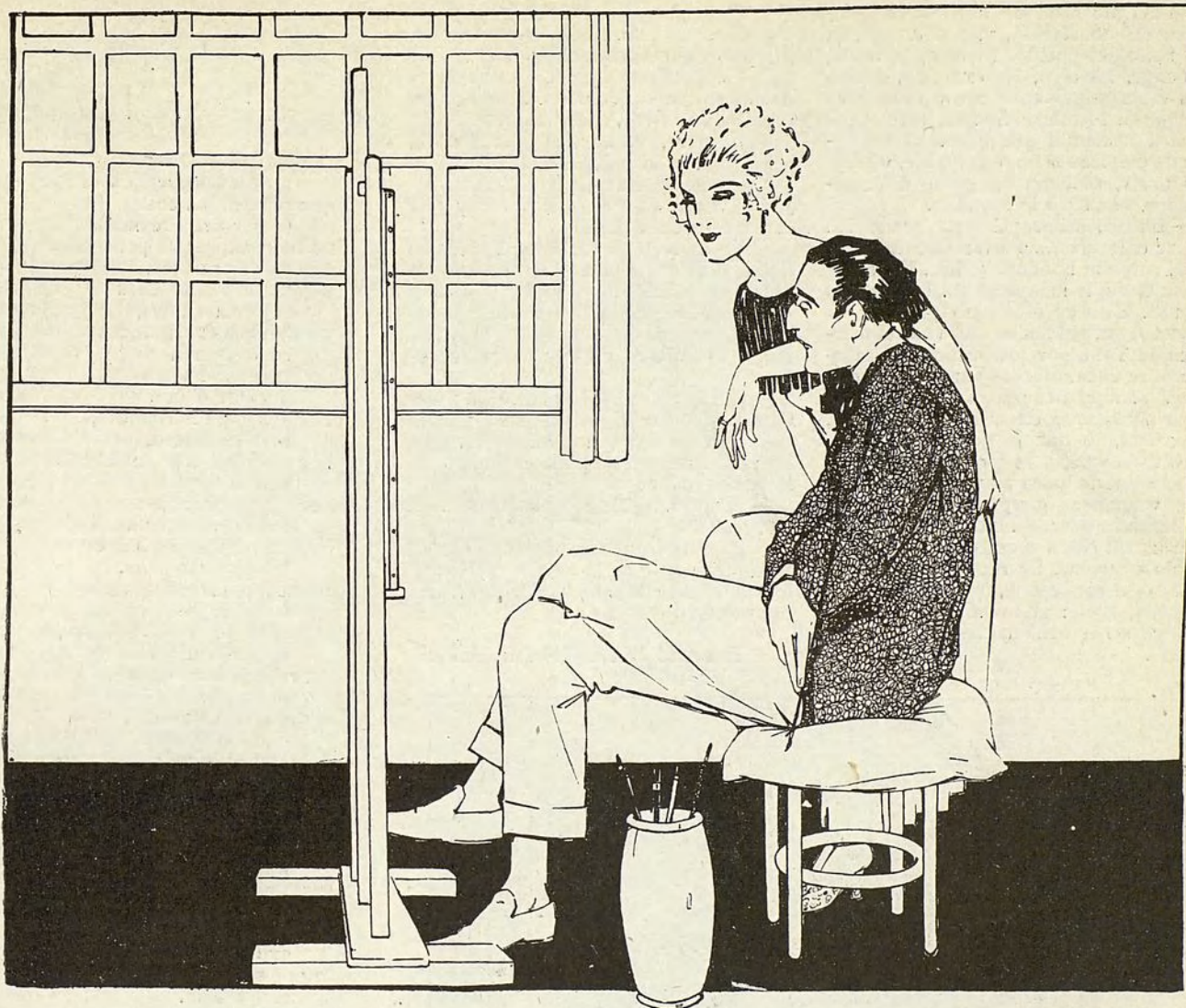
al sentir en sí de nuevo la holgada horma de la saciedad, etc., etc.

Ya los parques están repletos de nuevo, aunque no han podido resucitar los que no supieron resistir hasta que llegó el armisticio. ¡Ah, las flacas cigüeñas!... Esas ya no resucitarán.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.





Dib. ALPHA. — Melilla.

ELLA. — *No hay modo de entenderos a los cubistas. ¿Quieres decirme qué representa este cuadro?*

EL. — *Pues representa... para mi un gabán para este invierno...*

## EN EL ALMA- CÉN DE LOZA

# UN INCONVENIENTE

— Buenas.  
— Muy buenas, señor. ¿Qué desea?  
— Pues mire usted. Yo querría una taca, ¿sabe?  
— Bien. Nosotros tenemos aquí un surtido variado, el mejor de Madrid. Esta mañana, precisamente, hemos recibido de París...  
— Bueno, bueno. ¿Me da usted la taza?  
— Sí, señor; no faltaba más. A ver ésta. ¿Qué le parece?

— No, no. Otra.  
— ¿Esta?  
— Tampoco; no me gusta.  
— Veamos esta otra si es de su agrado. ¿Eh?... ¿Qué tal?... ¿Le gusta?... ¡Yo creo que...!  
— No, mire. Es que yo la quisiera más grande, ¿comprende? Bastante más grande.  
— Bien. Entonces no dudo que al fin ha de encontrar ésta que ahora le traiga

inmejorable. Ahí va. Lo mejor de la casa, lo más nuevo...

— ¡Pschl... No está mal. Pero si la vieses de colorines...

— Sí, sí. Buscaremos.

— Es que yo he venido del pueblo a pasar unos días aquí, ¿sabe?, y me ha encargao el tío Usebio que le compre una taca muy grande y de colorines. El tío Usebio es...

Aquí, el comprador intercala la his-



oria del tío Usebio, luego la de la familia del tío Usebio, y, por último, la del resto del pueblo. Y soba las tazas, las coge, las deja, las examina, dando con ellas golpes en el mostrador, para probar su fortaleza. Se las lleva a los labios, haciendo que bebe. El dependiente empieza a impacientarse, viendo las tazas, ninguna del gusto del comprador, que todo lo inundan.

— Bueno, señor. ¿Conque grande?... ¿Y de colorines?... Perfectamente. Mire ésta, tenga la bondad. ¿Eh?... Lo mejor en su clase, lo más elegante, lo que más se usa. Esto es el último grito de la moda. Ayer, precisamente, vino el marqués de Tal a por media docena, mostrándose encantado al verlas. ¿Le gusta? Vea, aquí tiene para echar lo que vaya a tomarse en ella. Leche, agua, chocolate, lo que le dé la gana, que para todo vale, y es irrompible. Y con su asa y todo para agarrarla... En fin. Una verdadera ganga, con todos los adelantos modernos. Es del Japón. ¡Calcule usted! Nada menos que fabricada en el extranjero. Le recomiendo escoja usted ésta que le doy, por ser la mejor. Además, fíjese: si toma café en ella, aunque no le eche azúcar, le sabe dulcísimo.

— Sí, ¿eh?

— Sí, claro está. Nada, lo que le digo. ¡Una verdadera ganga! Ni más ni menos. Y conste que al precio a que se la damos salimos perdiendo. Sólo por ser para usted... Pero, ¿le gusta?

— Hombre, sí. Lo que más admira, sobre todo, es el asica tan pequeñuza, y los monigotes que tiene pintados. Y... ¿Será verdá eso de que no hay que echarle azúcar al café?

— Ya lo creo, señor mío. Y encima, tiene un aparato pianolesco que, a medida que va usted bebiendo, le toca el «¡Es mi hombre!», y le anuncia con dos días de anterioridad cuándo va a llover, y el número en que caerá la lotería.

— ¡Ah, pues me quedo con ella! ¡Naal! Que voy a dar el golpe en el pueblo cuando vaya con la tacica. Pero... ¡qué lástima! Encuentro un inconveniente, y, la verdá, lo siento.

— ¿Cómo?... ¿Un inconveniente?... A ver, ¿cuál?...

— Pues naa, que han puesto el asa en el lao izquierdo de la taza, y yo la querría en el otro lao, pa poder agarrarla con la mano derecha...

ENRIQUE ESTEBAN DE VERA



— Voy a terminar con usted de un balazo.

Dib. ORTEGA. — Madrid.

— Pues termine en seguida, que a las diez tengo que estar en la oficina.

## LA GENTE SE IMPACIENTA

Mientras el Directorio pide a los gremios que rebajen las cosas (y que den premios), no hay señora, ya pobre, ya de posibles, a quien le den baratos los comestibles, y en muchas vecindades como la mía no agotan ese tema durante el día. Doña Raquel Fernández, la del primero, hoy está que echa lumbre con su tendero, pues no baja sus latas como otras tiendas, habiendo quien de balde las da tremendas. No sé qué piensa de esto la del segundo; lo que yo sé es que el lunes, a su Facundo, sin rebajarle en ellas ni un par de reales le dió unas calabazas monumentales. A la del piso quinto no le hace gracia que los pescados bajen, pues, por desgracia, como lleva su esposo, Ramón Lanuza, casi todas las noches una merluza, si a un precio la rebajan extraordinario, lo que antes era alterno, será diario. En cambio, está contenta la del tercero, viendo que hoy le ha cundido más el dinero, pues le han llevado menos por los cardillos y le han bajado un poco los limoncillos. ¡Dios quiera que se arregle todo de modo que los que venden puedan bajarlo todo, pues hay hembras capaces, por lo irascibles, de cargarse a un tendero de comestibles; como ha hecho la Rencóres con Blas García, el que en el Rastro tiene mondonguería, que, tras varias denuncias a la casera, le hace tener al hombre las tripas fuera.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



## DEL BUEN HUMOR AJENO

## UN ESTRENO, por Max y Alex Fischer

I

El correo trajo a Juan Moreno una carta de Rames, el director del teatro del Príncipe. Su comedia, admitida siete años antes, iba por fin a ser ensayada.

Moreno releía en su despacho el original de *El engranaje*. Su mujer vino a apoyarse en su hombro.

— Juan, en medio de tu satisfacción, me has prometido esta mañana el piano que anhelo hace tanto tiempo. Pero ¿no recuerdas que el casero nos reclama sin cesar las cuatrocientas pesetas de las dos últimas mensualidades?

— Juana, te ruego que me dejes trabajar.

Tres minutos después, la señora de Moreno rompía nuevamente el silencio:

— Pienso, Juan, que también habrá que abonar doscientas ochenta pesetas a mi sastre.

Las señales de enojo que diera Juan, bruscamente interrumpido en su tarea, incitaron a su mujer a retirarse a la habitación inmediata. Ello no la impidió levantar varias veces el portier para manifestar que se debían treinta duros al tapicero, trescientas pesetas a la modista, ochenta al médico y ciento diez y ocho en la pastelería.

Juan se indignó:

— Admitamos que hemos contraído mil pesetas de deuda, pongamos diez mil. *El engranaje* nunca me producirá semejante cantidad, sobre todo si me impides releerlo. Resignate, llora: no tendrás tu piano. ¡Tu pianol... Bastante te tengo dicho que quisiera ir a Suiza, y, sin embargo, llevamos ocho años de matrimonio sin haber comenzado aún nuestro viaje de boda.

II

Juan daba por descontado el éxito de *El engranaje*. Sin duda alguna, el público se apasionaría por la conmovedora aventura de aquella delicada Gisela, que, despreciando las conveniencias, abandonaba a su familia para seguir al gallardo Ludovico. ¡Ah, si pudiera encargarse de este papel Alberto Ramírez!

Por décima vez releía el diálogo con que daba comienzo la gran escena del tercer acto.

— Ludovico (*precipitándose de rodillas ante Gisela, mientras que la oscuridad se va haciendo más profunda en el salón*). — ¡Os amo, mi vida, os amo!

— Gisela (*estremeciéndose*). — ¡Cállese! Sus palabras me turban atrozmente.

— Ludovico. — En una tarde parecida a ésta nació nuestro amor. Apoyada en el piano, lo abristeis de pronto e interpretasteis una sonata de Beethoven. (*Conduciéndola al piano*). ¿Quiere usted repetirla? (*Gisela preludia. Ludovico la contempla. Ludovico, cogiéndola las manos e interrumpiendo un acorde con violencia*). ¡No, no, no!... No, Gisela; nuestra existencia no puede continuar así, lejos de usted, lejos de ti... Si usted quisiera, si quisiera, voy a llevarte fuera, a emprender un viaje, un largo viaje...

Juan golpeóse la frente y fué a abrir la puerta del comedor.



EL ADMIRADOR. — ¿Sería usted tan amable que me firmara un autógrafo?...  
(Del Punch, de Londres.)

— Juana, ven un momento. Sólo dos palabras. ¿Te acuerdas de la gran escena del tercer acto?

— Me la sé de memoria.

— Pues creo que he descubierto el medio de satisfacer tu deseo sin gastar un céntimo: quizás pudiera citar hábilmente en la obra, sin que olierá a reclamo, el nombre...

— ... ¿De un fabricante de pianos?... ¡Oh, querido, qué ideal!

Juana se apoderó del manuscrito; a su vez, releó las réplicas de la escena séptima del acto tercero.

— Tu idea — dijo — no es únicamente aplicable a mi piano: el viaje de Ludovico y Gisela..., tu viaje...

Quedó acordado que al día siguiente Juana tantearía el terreno cerca de una agencia de viajes circulares y de un fabricante de pianos, preguntando simplemente: «¿Qué ofrecería usted al autor, en el caso de que su industria fuese citada en el próximo estreno?»

Juan tomó la pluma y volvió a copiar la escena séptima con algunas modificaciones:

«Ludovico. — En una tarde parecida a ésta nació nuestro amor. Apoyada en vuestro piano, en vuestro piano Gavot, lo abristeis de pronto e interpretasteis una sonata de Beethoven. (*Conduciéndola al piano Gavot*). ¿Quiere usted repetirla en su piano Gavot? (*Gisela preludia y Ludovico la contempla. Ludovico, cogiéndola las manos e interrumpiendo un acorde con violencia*). ¡No, no, no!... No, Gisela; nuestra existencia no puede continuar así, lejos de usted, lejos de ti... Si usted quisiera, si quisiera, voy a llevarte fuera, a emprender un viaje circular Madrid - París - Basilea - Ginebra, con facultad para detenerse en el trayecto, valedero por un mes, todo por doscientas pesetas por persona, gracias a los billetes económicos que expende la Compañía de Viajes Delaroute. ¿No conoces, mi bella adorada, la Agencia Delaroute?»

III

Juan estaba leyendo *El engranaje* a los artistas del teatro del Príncipe e iba a enfilar la gran escena del acto tercero. Estaba preparando un vaso de agua con azúcar, cuando llegó Juana, toda sofocada, diciéndole a media voz:

— Delaroute ha contestado: «Que nos cite el autor en cues-





— ¿No sabes la diferencia entre el tono menor y el mayor?  
— Sí; el menor suena peor que el mayor.

(De Life, de Londres.)

tión y después veremos.» En cuanto a Gavot, nada; pero he procurado informarme: tal vez Bleyel...

— Entendido, entendido — murmuró Juan. Y volviéndose hacia sus intérpretes — : Estábamos detenidos en la escena sexta. Antes de continuar, quisiera que anotasen ustedes una pequeña modificación en la escena séptima. Siganme con sus papeles, se lo ruego:

«Ludovico. — En una tarde parecida a ésta nació nuestro amor. Apoyada en vuestro piano, en vuestro piano...»

Juan se interrumpió preguntando:

— ¿Pone «Gavot» en los papeles, no es así? Nadie ignora la escasa importancia de los pianos Gavot; escribí ese nombre al correr de la pluma... Colocad en su lugar el de «Bleyel», y tendremos:

«Ludovico. — Apoyada en vuestro piano, en vuestro piano Bleyel... (Conduciéndola al piano Bleyel...) ¿Quiere usted repetirla en su piano Bleyel?...»

— ¿Qué pasó después?

Juan reconoció al día siguiente que los pianos Bleyel no eran de calidad superior a la de los pianos Gavot. Durante el ensayo, se dirigió al galán joven:

— Perdóneme si le interrumpo, señor Cañete. Me parece que experimenta usted cierta dificultad al pronunciar «piano Bleyel». Además, esas sílabas suenan mal: «Piano Bleyel, piano Bleyel...» Diga sencillamente «piano Pord».

— ¿Piano Pord? Está bien — asintió el señor Cañete.

A ruegos del autor, Pord se pronunciaba Kertz veinticuatro horas más tarde; en días sucesivos, Kertz se convirtió en Ayrard. Un continental recibido durante el ensayo del martes pareció contrariar a Juan Moreno; Ayrard se cambió súbitamente en Krieckelstein.

Sólo unas horas separaban a Juan del estreno de *El engranaje*. El señor Cañete, en fuerza de haber pronunciado sucesivamente Bleyel-Pord, Pord-Kertz, Kertz-Ayrard, no acertaba a decir Krieckelstein sin cierta vacilación.

Un tramoyista vino a anunciar a Juan que el director deseaba hablarle.

Había experimentado numerosos contratiempos con su piano; tenía cierta aprensión. Ramales le repetía con frecuencia que encontraba el tercer acto demasiado largo. ¿Iría a proponerle que cortara las réplicas que tenían para él tanto interés, y sobre todo para Juana?

— Siempre he considerado su comedia como una obra maestra. Acabo de obtener para usted una ventaja enorme. Ahora me parece que el éxito está plenamente asegurado.

— Diga usted, diga pronto... Mi reconocimiento... Toda una vida de reconocimiento...

— Creo que voy a lograr decidir a Minglanilla, al ilustre Minglanilla, autor de tantos laureles, a que firme su obra. Puede usted enorgullecerse de ser un afortunado. De su diez por ciento de derechos, se contentará con no retener más que un ocho.

#### IV

*El engranaje* obtuvo un verdadero éxito.

Al día siguiente al estreno, Minglanilla, el célebre Minglanilla, invitó a almorzar a Juan y a su señora. Se habló poco de la obra, apenas conocida de Minglanilla; éste dijo confidencialmente a Moreno, con una amable sonrisa:

— Estoy encantado de haberle conocido.

Se iba a trinchar un pavo, cuando entró el ama de llaves anunciando a Minglanilla:

— Señor, vienen de la casa Kieckelstein a traer un piano.

— ¿Un piano?

— Sí, señor; de cola.

Minglanilla deseaba aclarar el misterio. Salió a la antesala. Su mujer, intrigada, pidió permiso a sus invitados para abandonar la mesa un instante.

Desde el comedor se oía sucesivamente en la pieza vecina abrir puertas, correr sillones, y a Minglanilla, que gritaba: «Den las gracias de mi parte a la casa Kieckelstein. En esas condiciones, acepto con gusto.»

Mientras seguía mondanando un muslo de pavo que había abandonado en su plato, Minglanilla se creyó en el caso de dar explicaciones. Su mujer le lanzó una severa mirada:

— Vamos, Julio, no busques excusas; no hay derecho a ser tan distraído. ¡El señor encarga un piano a la casa Kieckelstein, y veinticuatro horas después no se acuerda de ello!

— ¡Ah, usted ha comprado un piano! — murmuró la señora de Moreno. Y para fingirse serena, añadió:

— ¡A mí que me gusta tanto la música! No será Juan quien me ofrezca uno.

Minglanilla se inclinó con galantería:

— Permitame decirle, señora, que este piano está por completo a su disposición durante un mes. He comprado esta mañana dos billetes circulares en la Agencia Delaroute. Mi mujer y yo vamos a visitar Suiza.

M. V.



LA ROMÁNTICA. — Yo hubiera deseado vivir en los tiempos antiguos. ¿Y tú?...  
LA OTRA. — Yo, no. A mí me gustan los hombres al natural, no en conserva.

(De London Opinion.)



## Diccionario Gráfico de Artes y Oficios

Está a la venta el séptimo cuaderno. La más útil biblioteca del artista, del taller y del *amateur*. 20.000 dibujos de elementos de arte y de estilos, de época y originales, coleccionados por orden alfabético. 2 pesetas cuaderno. Suscripción: trimestre, 5,50; semestre, 10,50; año, 25, con derecho a lujosas tapas. Pedidos al autor, J. LAPOULIDE, Cardenal Cisneros, 60, teléfono J. 17-18, Madrid. Suscripción y venta en todas las librerías.

## CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

### BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

M. R. V. de A. San Fernando. — El dibujo que nos envía, recortado de nuestras páginas, que lo reproducirán del *The Humorist*, de Londres, y al que usted no encuentra maldita gracia, tiene su explicación y su *humour*. Se trata, como puede verse, de un joven que, en el paseo de un balneario, lleno de veraneantes aburridos, que se sientan a un lado y a otro, se atreve a llamar la atención general acercándose a saludar a la única señorita que pasea por el centro. Como puede verse, todas las miradas caen sobre el joven, que adopta una ridícula actitud de galantería. Este es el asunto, que, a nuestro juicio, tiene mucha gracia, y se indica con el pie de *Valor acreditado* que le hemos puesto. Sentimos mucho que usted no lo haya vislumbrado, porque eso habla muy mal de la sutileza de su inteligencia. Usted, cuando a primera vista no lo ha comprendido, creará que es una tontería; pero es una personalísima opinión que nosotros no debemos considerar en gran cosa.

L. F. y F. A. Madrid. — Esta sección de deportes está ya encomendada a uno de nuestros colaboradores. Además, lo de ustedes, sin ofender, tiene una gracia muy discutible.

J. H. F. Madrid. — Leer sus cuartu-

— Teniendo buenos dientes te quedas solo.

— ¡Claro, como que uso Licor del Polo!

llas y empezar a dar saltos por la Redacción, han sido dos cosas simultáneas para el desventurado compañero a quien le tocó tragarse el fruto de su mente. Créanos: abandone la literatura, y dedíquese a la cría de canarios flautines.

C. K. Madrid. — Muy poca cosa.  
L. P. M. Madrid. — Menos todavía.  
A. A. Valladolid. — Menos aún.  
«Sinat.» Toledo. — Mucho menos. A todo hay quien gane.

E. A. Madrid. — Pues verá usted, esclarecido amigo. Hemos comenzado a leer su *Crónica taurina*, que, por cierto, empieza así:

«Voy arreseñar señores.»

Y al ver el *arreseñar*, hemos lanzado un grito de demencia convulsiva y hemos abandonado la lectura con una rapidez de monoplano Blériot. Sin comentarios.

F. L. S. Madrid. — El Canalejo can-

### Chistes míos y de ustedes

Para epílogo de este libro, el más gracioso del mundo, verdadero libro de la Patria, se premiarán con 150 pesetas 10 chistes. Enviad chistes a «La Prensa», Carmen, 18, Madrid.

*delabro* tiene algo de absurdo visigótico; además, en punto a longitud puede compararse muy bien con las Montañas Rocosas. De modo, que insistir, otra vez será.

F. T. B. Jerez de la Frontera. — Su *Novena de amor* es, sin duda, el producto literario de un cerebro desequilibrado por las vigiliadas, la flagelación y el anacoretismo. Lo lamentamos. Pero... acaso el *Fosfonio nuxado* le curará. Nosotros sabemos de un señor que estaba hecho un verdadero churro, y desde que toma ese especi-

¿Cuál es la máquina de escribir que está a la cabeza?

LA

# CORONA

vale mucho y cuesta poco.

Modelo de oficina:  
550 pesetas, al contado.

También a plazos.

Agentes  
en toda España.



Gastonorge, C. A. — Sevilla, 16. — MADRID

fico, ya hasta escribe a un tío suyo pidiéndole dinero.

A. C. A. Barruelo. — Eso no vale; pero insista usted. ¡Ah! ¡Y no escriba con esa tinta, hombre de Dios, que no hay quien la lea!

\*\*\*\*\*

### Un caso de canibalismo

Londres, 24 (12 n.). — Noticias recibidas del Congo belga dicen que el comisionista de productos europeos mister Katton, al equivocarse de camino para ir al Transvaal, cayó en poder de unos feroces salvajes, que le condenaron a morir condimentado para servir de alimento a los altos dignatarios de la tribu (reyezuelos, magos, guardias municipales, etc.).

Su acompañante, un indígena, ha relatado que en sus últimos momentos, con admirable entereza de carácter, dijo a sus verdugos:

— En mi maleta hay unos

tubos del incomparable dentífrico Sanolán. Usadlo antes de comerme, y os resultará más tierno que una poesía de Alcaide de Zafra. Usadlo también después de comerme, y así conservaréis vuestra dentadura para siempre fuerte y brillante.

La S. M. E. D. L. C. E. L. D. A. (Sociedad Miembros Entusiastas de la Civilización en los Desiertos Africanos) ha acor-

### COMPROBADLO COMPARÁNDOLA

LA ORTOGRAFÍA MARTÍNEZ MIER, sexta edición, 453 páginas, resuelve toda duda escritura, puntuación, pronunciación. Ninguna mejor.

dado erigir un monumento a mister Katton, que consistirá en un busto sobre un plinto de envases del admirable dentífrico, que puede servir de base para la civilización de los canibales del Congo.

## BLAS E. BERROTERÁN & Co.

Agencia general de diarios, revistas y publicaciones.

Aceptamos representaciones de todos los editores de revistas y diarios de Hispanoamérica y España. Deben sernos remitidos ejemplares de muestra y pliego de condiciones.

NUESTRA DIRECCIÓN ES

Apartado 51. — Maracaibo (Venezuela)

## PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO



# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

Un médico muy distraído va a visitar a uno de sus clientes, que padecía del estómago. Al subir la escalera pregunta al criado:

— ¿Cómo está el señor?

— Se lo han llevado al campo-santo.

— ¡A Vichy, a Vichy es adonde le conviene ir!

R. H. J. — Salamanca.

Dice una madre a su hijo:

— ¡Pero, Pepito, por Dios ¿qué has hecho para coger ese constipado tan atroz?

— Nada, mamá. ¡Como no sea que anoche soñé que era gato, y estuve tres horas en un tejadito...

Pedro Soria.

— ¿En qué se parece un gramófono a la estación de Atocha?

— ¿...?

— En que tiene agujas y discos.

— ¿Cuál es el colmo de Melilla?

— ¿...?

— Que haya venido Marzo (el general) en agosto.

Pedro Vizcaino.

Una tos escandalosa  
tiene a Pascual que no vive,  
y sólo su tos se cura  
usando Jarabe Orive.

Un muchacho desea entablar conversación con una joven que está asomada a un balcón, para lo cual deja caer un duro en la acera.

EL. — Señorita, ¿es de usted este duro que acaba de caer?

ELLA (con una cara muy dura). — Sí, señor.

EL (con cara más dura aún ante tal cinismo y temiendo perder el duro). — Pues será otro, porque éste es mío.

León Churá. — Larache.

Entre padre e hijo.

— Dime, Juanito, ¿qué os ha enseñado hoy el maestro?

— Nada, papá; absolutamente nada.

Nos habló de que la Tierra es redonda, y yo creo que eso es una bola.

Ramón Royo. — Dar-Drius.

— ¿Cuál es la hembra que va encima del macho?

— La suela, porque todos las llevan en los pies, y andan por encima del suelo.

J. A. B. — Valencia.

— ¿Por qué durará poco el alcalde de Madrid?

— Porque se deshace Al-cocer...

Gallego.

Hablábase en una reunión de tiros raros y heridas poco comunes. Un andaluz tomó la palabra y dijo:

— Nadie ha hecho en este punto lo que yo. De un balazo dejé herido un siervo en la punta de la oreja derecha y en la pesuña izquierda.

— ¡Imposible!... ¡Absurdo!... — exclamaron varios.

— Poco a poco, compáres, que cuando yo le apunté se estaba rascando.

Goca-nez. — Madria.

Calínez y su buena esposa han invitado a su numerosa parentela para celebrar sus bodas de oro.

Reina en la mesa la mayor alegría. Felipín, el menor de los nietos de Calínez, que tiene la costumbre de no enterarse de nada, pregunta:

— Oye, abuelito, ¿por qué se llaman bodas de oro a las que estamos celebrando?

— Porque hace cincuenta años que tu abuelita y yo nos casamos.

— Y cuando haga cien años, ¿cómo se llamarán? — replica el niño.

— No te preocupes, Felipín — dice Calínez —. Esas no las celebra nadie. No hay mal que cien años dure.

Doña Juanita. — Zaragoza.

— ¿En qué se parece la cantidad 532 a un niño que, cuando le preguntan algo, dice la verdad?

— En que es sin...cero.

Chuleta.

**AMADOR**  
— FOTÓGRAFO —  
**PUERTA DEL SOL, 13**

— ¿En qué se parecen las farmacias reclamo a los sanatorios por el invierno?

— ¡Pues en que hay ca... tarro!...

María Teresa.

Entre cómicos de la legua.

EL DIRECTOR. — Bueno, vamos a ver las ganancias.

EL DE LA TAQUILLA. — Pues verá usted: quitando gastos de montaje, papel de entrada, luz...

EL DIRECTOR. — Oye; ¡pero si dimos la función con la luz del sol!...

EL DE LA TAQUILLA. — Sí; pero en este pueblo, la luz es del Ayuntamiento.

Triboniano. — Madrid.

— ¿Quién pasa más apuros en esta vida?

— Uno que tenga una moneda de diez céntimos falsa y la pase.

— ¿...?

— Porque pasa-la perra...

J. Alejandro López. — Melilla.

El premio del número anterior ha correspondido a **Facundo, de Madrid.**

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



— ¡Mira, Catarina, me fui a retratear!

— ¡Caray, qué requetebién saliste!...

— ¡Y eso qu'es la primera vez que lo hago!

(De GARCÍA CABRAL, en *Excelsior*, de Méjico.)

## LA TÉCNICA

Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

CLASES PRÁCTICAS

DE

Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía  
Máquinas de calcular :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.

Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES



# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 — )	10,40 —
Año (52 — )	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 — )	12,40 —
Año (52 — )	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



## Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN  
Gran Premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

**Tintura Winter** Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

**Angelical Cutis** LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y tintura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

**Pelífero Belleza** Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

**Loción Belleza** Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

**Almendrolina Belleza** CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

**ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS** A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

**Polvos Belleza** Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América. — Canarias: droguerías de A. Espinosa. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



# BUEN HUMOR



—¿Y por qué se llevó usted el abrigo?

—Porque me dijo el comerciante que esa clase de abrigos se iban a llevar mucho esta temporada.

Dib. TONO.—Madrid.